

EL
CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO TRIGÉSIMOTERCERO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4

1869

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PORTE LITERARIA LIBRE

TOMO TRIGESIMOTERCERO



PARTE

ADMINISTRACION GENERAL

M. DE LAS CASAS Y M. DE LAS CASAS

MADEIRA, 1903

1803

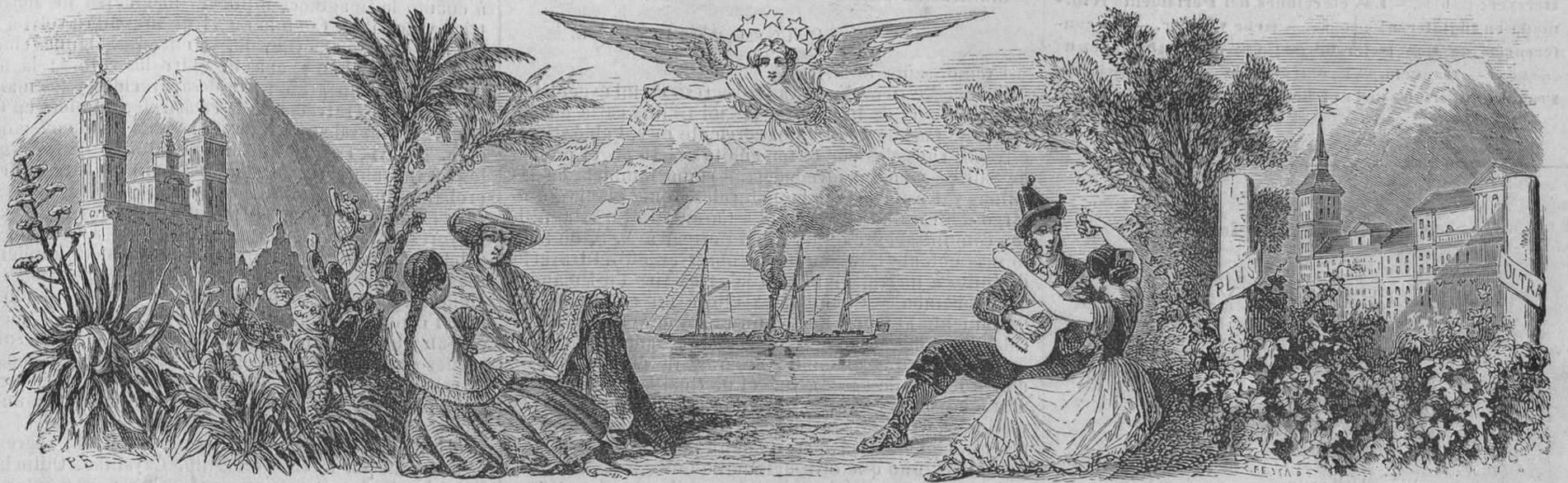
INDICE DE LAS MATERIAS

DEL TOMO TRIGÉSIMOTERCERO

	Págs.		Págs.		Págs.
Número 833.					
Pastores en Belen, de Lope de Vega (grabado)	2	Monseñor Bauer (grabado)	55	Historia de las sectas religiosas	414
Los terremotos	id.	Bellas Artes (grabados)	57	Rizos-Rhangabé (grabado)	115
Relacion entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega	3	El padre Jacinto (grabado)	id.	Sucesos de la isla de la Reunion (grabado)	116
Manifestacion republicana en Madrid el dia 29 de noviembre (grabados)	5	Debe y haber	58	Cuestion de Oriente (grabado)	118
Revista de Paris	6	Los grandes establecimientos de la marina imperial (grabados)	60	Revista de Paris	id.
Berryer (grabado)	7	Manuela	62	La embajada china en Paris (grabado)	119
Las elecciones del Parlamento reformado en Inglaterra (grabados)	10	Minnie Hauck (grabado)	64	Manuela	122
Debe y haber	id.	Un trineo del siglo XVIII (grabado)	id.	El Voluntario (grabados)	123
Las conferencias de San Petersburgo (grabado)	12	Número 837.			
Rio-Janeiro (grabados)	id.	Los sucesos de Oriente (grabado)	65	El vice-almirante Hobart-baja, comandante de la escuadra otomana del Mediterraneo (grabado)	129
Manuela	14	Los restos de Jacob	66	Revista española	id.
Problemas de ajedrez (grabado)	15	La fiesta de los Reyes (grabado)	67	Fábula	131
Fraguas imperiales de la Chaussade en Guerigny (grabados)	16	La estatua de Carlos XII en Estokolmo (grabado)	id.	Los indios de los Estados Unidos (grabado)	id.
Número 834.					
Simon Bolivar (grabado)	17	Revista de Paris	70	Exequias del príncipe real de Bélgica (grabados)	133
Recuerdos y tradiciones de Cataluña	18	La bella Fornarina	id.	Revista de Paris	134
El rey de Siam (grabados)	19	El palacio Basilewski en Paris (grabado)	72	Los obeliscos egipcios y el simbolismo del valle del Nilo (grabados)	135
Berryer (grabado)	id.	Reparto de leña en Tolon la vispera de Navidad (grabado)	73	El Hércules (grabado)	id.
La erupcion del Vesubio (grabado)	22	El Voluntario (grabados)	id.	Debe y haber	138
Revista de Paris	id.	Debe y haber	74	El Zorro (grabado)	139
Relacion entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega	23	Los indios de los Estados Unidos (grabados)	76	Museo de Armas del emperador de Rusia en Tzarskoé-Selo (grabado)	142
Rio-Janeiro (grabados)	id.	El barre-nieve (grabado)	id.	Manuela	id.
Los indios de los Estados Unidos (grabados)	25	Manuela	77	Problemas de ajedrez (grabado)	144
Debe y haber	26	El cultivo de la viña en Francia (grabados)	80	César Fracassini (grabado)	id.
Fraguas imperiales de la Chaussade en Guerigny (grabados)	27	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Número 841.	
Las once encarnaciones del sombrero, por Cham (grabados)	29	Número 838.			
Manuela	30	Sourmeli, capitan del <i>Enosis</i> (grabado)	81	Constantino Voloudaki (grabado)	145
Problemas de ajedrez (grabado)	32	Historia critica de los falsos cronicones	id.	Historia de las sectas religiosas	146
Baja Normandia : Las reuniones y los trajes (grabado)	id.	El castillo de Betania	83	Historia de la imprenta	id.
Número 835.					
Los sucesos de Cádiz (grabados)	34	Los últimos dibujos de Gavarni (grabado)	id.	Sucesos de España (grabado)	147
El Himno de Riego	35	Nassr-ed-din Chah (grabado)	id.	El Voluntario (grabados)	149
M. Gressier, nuevo ministro de Obras públicas en Francia (grabado)	36	Revista de Paris	86	Revista de Paris	150
El Voluntario (grabados)	id.	Las ilusiones	id.	Trasformacion de los cerros de Montmartre (grabado)	151
Revista de Paris	38	La Conferencia diplomática reunida en Paris con motivo del conflicto turco-griego (grabado)	87	Manuela	152
Los criticos	39	Manuela	90	El pabellon del depósito de los faros en Paris (grabado)	155
La causa de Lesurques (grabados)	id.	El Voluntario (grabados)	92	Los velociferos en el año 1818 (grabado)	id.
El cable trasatlántico francés (grabados)	41	Los obeliscos egipcios y el simbolismo del valle del Nilo (grabados)	94	Revista de actualidades parisienses, caricaturas por Bertall (grabados)	157
Debe y haber	42	Debe y haber	id.	Debe y haber	158
Leon Foucault (grabado)	44	Los pescadores de salmon en el Rhin (grabado)	96	Paris-Port-de-Mer (grabado)	160
M. Pouillet (grabado)	id.	Número 839.			
La iglesia de San Ambrosio (grabado)	46	Sucesos de Málaga (grabado)	98	Número 842.	
La fiesta de Navidad en Alemania (grabado)	id.	Conferencias familiares	id.	Constantino Voloudaki (grabado)	145
Manuela	id.	Los obeliscos egipcios y el simbolismo del valle del Nilo	id.	Historia de las sectas religiosas	146
La fiesta de Baco, cuadro de Boucher (grabado)	48	Instalacion del gran rabino de Paris (grabado)	99	Historia de la imprenta	id.
Número 836.					
La Cámara de los Señores en Viena (grabado)	50	El Voluntario (grabados)	101	Sucesos de España (grabado)	147
Revista española	id.	Revista de Paris	102	El Voluntario (grabados)	149
El Voluntario (grabados)	51	Los indios de los Estados Unidos (grabados)	103	Revista de Paris	150
Berryer (grabado)	52	Manuela	106	Trasformacion de los cerros de Montmartre (grabado)	151
Revista de Paris	54	Celebracion del khamadan por los turcos (grabados)	108	Manuela	152
Poesía	id.	El invierno en Paris, caricaturas por Cham (grabados)	109	El pabellon del depósito de los faros en Paris (grabado)	155
		Debe y haber	110	Los velociferos en el año 1818 (grabado)	id.
		Problemas de ajedrez (grabado)	111	Revista de actualidades parisienses, caricaturas por Bertall (grabados)	157
		La insurreccion de Creta (grabados)	112	Debe y haber	158
		La casa de Corneille (grabado)	id.	Paris-Port-de-Mer (grabado)	160
		Número 840.			
		Muerte del principe real de Bélgica (grabado)	113	Número 843.	
				El faro de Eddystone (grabado)	162

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 833.



LA ADORACION DE LOS PASTORES.

Cossin. Smeeton.

Louis Jemain
1867

SUMARIO.

Pastores en Belen, de Lope de Vega; grabado. — **Los terremotos.** — **Relacion entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega.** — **Manifestacion republicana en Madrid el día 29 de noviembre;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Berryer;** grabado. — **Las elecciones del Parlamento reformado en Inglaterra;** grabados. — **Debe y haber.** — **Las conferencias de San Petersburgo;** grabado. — **Rio-Janciro;** grabados. — **Manuela.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Fraguas imperiales de la Chaussade en Guerigny;** grabados.

Pastores en Belen,**DE LOPE DE VEGA.**

*Norabuena vengais al mundo,
Niño de perlas;
Que sin vuestra vista
No hay hora buena.*

Niño de jazmines,
Rosas y azucenas,
Niño de la niña,
Después dél, mas bella,
Que tan buenos años,
Que tan buenas nuevas,
Que tan buenos días
Ha dado á la tierra.
Parabien merece,
Parabienes tenga,
Aunque tantos bienes
Como Dios posea;
Mientras os tardásteis,
Dulce gloria nuestra,
Estábamos todos
Llenos de mil penas;
Mas ya que venistes,
Ya la tierra alegre
Ver que su esperanza
Cumplida en vos sea.
Digan los pastores,
Respondan las sierras,
Pues hombre os adoran
Y Dios os contempla:

*Norabuena vengais al mundo,
Niño de perlas;
Que sin vuestra vista
No hay hora buena.*

Que os den parabienes
Y que os hagan fiestas,
A voces lo cantan
El cielo y la tierra.
En el limbo dicen
Reyes y Profetas
Que ha venido el bien
Que su mal remedia.
Aves celestiales
Los aires alegran,
Pacífica oliva
Vuelven las adelfas,
Las montañas altas,
Las nevadas sierras,
Aguas en cristales,
Nieve en flores truecan.
Los ecos del valle
Cristo nace suenan,
Las fieras se amansan
Los corderos juegan,
Bajan los pastores
Y serranas bellas,
Y cantando á coros,
Dicen á las selvas:

*Norabuena vengais al mundo,
Niño de perlas;
Que sin vuestra vista
No hay hora buena.*

Los terremotos.

En el *Boletín oficial* de Quito correspondiente al 19 de setiembre último, hallamos en un documento oficial, explicaciones teóricas sobre el cataclismo del 16 de agosto de 1868, que trasladamos á continuación porque son dignas de todo el interés de los lectores. Dice así la comunicacion dirigida al señor ministro:

Quito, setiembre 13 de 1868.

Excmo. señor ministro.

Señor: Me tiene V. S. ya de regreso de mi expedición á la provincia de Imbabura. En mi última carta dirigida desde Caranqui, el 9 del corriente mes, hablé de los estragos causados por el terremoto del 16 en el pueblo de Salinas y en sus alrededores, como tambien de las ruinas y trastornos de la naturaleza que observé á lo largo del camino de Urcuquí á Caranqui. En esta última comunicacion, despues de informar á V. S. de todo lo mas notable que he podido observar en el trayecto de Quito á Ibarra, siguiendo las tres vias de Mojanda, Guailabamba y Puenbo, expondré un poco mas extensamente la teoria que, á mi modo de ver, explica el cataclismo del 16 de agosto próximo pasado.

El camino que tomamos, en nuestra primera expedición del 18 de agosto, fué el de Guailabamba. En la márgen oriental del Guailabamba aparecen solo ligeros vestigios del reciente terremoto; y algunas pequeñas grietas, que comienzan á aparecer al fin del callejon de Chinguiltina, y uno que otro derrumbo en la bajada al rio, es lo único que se deja notar en aquellos parajes. Entre el Guailabamba y el Pisque son mayores y mas notables las huellas del terremoto del 16, huellas que se multiplican y se ensanchan notablemente desde el puente colocado sobre este último rio.

Muy sencilla es la explicacion del decremento de intensidad del movimiento géismico, á medida que uno se aleja del centro de conmocion, dejando intermedios los profundos barrancos que forman el álveo del Pisque y Guailabamba; pues la onda géismica, cuyo centro eran los contornos del Cotacachi, á mas de disminuir en intensidad con el cuadrado de su distancia al punto de conmocion, ó en términos matemáticos, decreciendo en intensidad inversamente al cuadrado de la distancia, esa onda se veia interrumpida y por consiguiente debilitada en los hondos barrancos de los rios arriba mencionados.

Al partir del puente del Pisque, el ánimo comienza á sobrecogerse á la vista de los numerosos y vastos derrumbos que desgarran la márgen oriental de ese rio; márgen ya por si misma horrorosa é imponente, merced á los espantosos cataclismos que toda ella experimentó, tal vez antes de ser habitados por el hombre los Andes del Ecuador. En presencia de esas gigantescas ruinas causadas en tiempos remotos por el fuego y gases subterráneos; á la vista de esas profundas grietas, y al lado de enormes peñascos desgajados de la cumbre de los montes y puestos á los lados del camino, desde el pueblo de Guailabamba hasta la Chorrera, el estrago del terremoto del 16 de agosto de 1868 nos ha parecido insignificante.

El tambo de la Chorrera y las chozas vecinas, completamente arruinadas, ocultan en sus escombros alguna que otra víctima. Desde este punto hasta el pueblo de Tabacundo, en donde se arruinó la iglesia con algunas casas y se averiaron todas, los estragos son poco notables: las haciendas de San José y la Compañía, vecinas á Tabacundo, sufrieron ruinas considerables en las habitaciones solamente.

Al descender de Cajas á San Pablo principia uno á ver trastornos mucho mas considerables: la tierra abierta en numerosas grietas, por lo regular concéntricas al Cotacachi; los lugares pantanosos hundidos; las aguas de la laguna de San Pablo salidas de madre; las paredes y habitaciones totalmente derribadas, dejando á muchos individuos sepultados en sus escombros, y esto en un largo cordon de casas de paja y adobe, que, partiendo del pié de la cuesta de Cajas, se extiende hasta Otavalo, en un trayecto de mas de una legua. En todas mis excursiones por la provincia de Imbabura he observado que la ruina de los edificios está en razon de lo deleznable del terreno sobre el que se hallan construidos; de manera que en igualdad de circunstancias, es decir, suponiendo dos casas de la misma solidez é igualmente distantes del centro de conmocion, ha quedado del todo arruinada la que tenia sus cimientos en tierra arenosa ó cenagosa, y apenas rajada aquella cuyo suelo era arcilla plástica, (ordinariamente llamada *cangahua*) ó alguna roca de arenisca. Asimismo he observado que en un violento terremoto, ni los umbrales, ni las bóvedas, ni los arcos ofrecen seguridad; que es imprudencia ponerse cerca de las paredes, y que el único lugar menos peligroso, es el centro de los aposentos ó cuartos. El mayor número de víctimas han sido aplastadas por las paredes; y los que han podido salvarse lo deben, ó á la prontitud que salieron de las habitaciones, y estos han sido muy pocos, ó á haber quedado bajo las tijeras del maderamen. Por lo regular las chozas de paja y bareque resistieron mejor al terremoto; y sin embargo se sentaron casi todas las de la banda occidental del Ambi, haciendo algunas muertes.

La vista que ofrecia Otavalo, al descender de la colina de Calpaquí, era el 20 de agosto una de las mas espantosas que se puede uno imaginar. El alma quedaba

sobrecogida de terror al contemplar, en el asiento de la antigua ciudad de Otavalo, un informe monton de confusos escombros, de aspecto negruzco, por entre los cuales corrian las acequias, formando por donde quiera charcos. Ni una sola pared en pié, excepto un pequeño lienzo de la testera de la parroquial de San Luis. Los pocos habitantes que permanecian aun en medio de esos lúgubres escombros, presentaban todos en sus semblantes el espanto y el abatimiento mas profundo; y los episodios que cada uno de ellos referia eran superiores á cuanto la imaginacion puede imaginarse de mas tétrico y horrible. Cuando en 11 de setiembre volví á pasar por la desolada Otavalo, ya encontré algunas chozas que se levantaban apenas de entre las ruinas; la fetidez ya habia en gran parte desaparecido, y los mas de los habitantes salvados de la catástrofe, reunidos en Calpaquí, comenzaban á improvisar una pequeña poblacion. Todavía es muy incierto el número de los muertos en Otavalo y sus alrededores; sin embargo parece probable que pasaron de cuatro mil.

El extenso trayecto de Otavalo á Ibarra ofrece aun mayores estragos que el de Tabacundo á Otavalo. Las grietas son mas anchas y numerosas, los hundimientos mas notables, y ya comienzan á descubrirse las erupciones, aunque pequeñas, de agua y lodo, siendo en aquel camino la mas notable la de Peguchi. El pueblo de San Antonio, que se encuentra en aquella via, sufrió menos que Otavalo, merced á su terreno mas compacto y resistente. De lo demás observado en aquellas localidades, ya está V. S. instruido por anteriores comunicaciones.

A los cuatro dias de mi llegada á Ibarra, regresé á esta capital por la via de Pesillo, Cayambe, Quinche y Puenbo. Todo este camino se conserva casi intacto á causa de la naturaleza de su terreno, y sobre todo por hallarse en el ramo oriental de la cordillera. No dudo, y me atrevo á llamar con el eminente geólogo contemporáneo M. Elías de Beaumont, al Antizana, Cotopaxi, Sangay y Saraurco, volcanes todos pertenecientes á la cordillera de Oriente, *válvulas de seguridad*, que, abriendo sus amplios conductos á los gases, evitaron que el movimiento trepidatorio, debido á la fuerza expansiva de estos, fuese tan violento como el que hizo estremecer las bases del Cotacachi. Lo propio se verificó en la region circunvecina á Quito, merced al Pichincha que nos libró de una completa ruina. Los que observaron en aquellos dias próximos al terremoto, las columnas de humo y gases que se desprendian del Pichincha y Cotopaxi, pueden convencerse mas fácilmente de esta teoria.

Los templos de Puenbo y Guailabamba quedaron en escombros, y las casas de ambos pueblos sufrieron bastante; mucho menos las del segundo, por ser de bareque y caña. Los templos del Quinche y Cayambe sufrieron bastante, en especial el primero, cuya sacristía en parte se cayó; las casas de ambos sufrieron tambien averías notables. Las profundas quebradas que rasgan en muchos puntos los valles de Puenbo y Tumbaco, disminuyeron la intensidad de la onda gesísmica, impidiendo así la total ruina de esas poblaciones, cuyo terreno es en extremo deleznable. Las pequeñas poblaciones de Cumbayá y Guápulo no tuvieron que lamentar grandes estragos.

Al regreso de mi segunda expedición á Imbabura, me resolví á pasar por el páramo de Mojanda, no obstante las malas noticias que de aquel camino habian circulado. Mientras que la planicie de Otavalo se halla completamente trastornada, las faldas del extinguido Mojanda, cuyas raices se pierden en aquella llanada, se conservan casi sin grieta ni derrumbo de alguna consideracion; y el pequeño lago que ocupa el antiguo cráter del Mojanda está intacto, como tambien las rocas circunvecinas. Desde la cima de este monte se descubre al noroeste el lago de Cuicocha, sin duda alguna, cráter antiguo, cuyos conductos subterráneos fueron obstruidos por el hundimiento de su copa. A esta persuasion me condujo la exploracion detenida que de él hice un mes antes del terremoto.

Desde Mojanda, como tambien desde el camino de Otavalo á Ibarra, se notan los colosales y numerosos derrumbos que tuvieron lugar el 16 de agosto pasado, ya en las escarpadas orillas del lago, ya tambien en los muchos barrancos que rasgan la inclinada planicie que se extiende hasta las cercanias de la Quinta del señor Perez. Y á propósito de la Quinta, apenas hay un lugar en Imbabura en el cual los estragos sean tan terribles y variados; pues á mas de la completa ruina de la magnífica fábrica de tejidos y de sus lujosas y cómodas habitaciones, las erupciones de lodo, las enormes grietas del terreno y los hundimientos, que han arrancado de raíz corpulentos nogales, forman de aquel sitio un campo de desolacion.

El pueblo de Malchinguí, que se encuentra entre el Mojanda y el rio Guailabamba, ha sufrido poco; pero las haciendas de Alchipichí y de Urcuhacienda han tenido averías de consideracion, quedando sus habitaciones en parte derruidas. Los mayores trastornos se encuentran en ambas márgenes del Guailabamba, especialmente en el Turo, en donde los derrumbos dejaron intrasitables los caminos. Los pueblos de San Antonio, Pomasqui y Cotocollao sufrieron averías de consideracion; con especialidad el segundo que perdió sus dos templos. Todas las haciendas de aquellos contornos quedaron mas ó menos arruinadas, en particular la hermosa y elegante Quinta del señor Domingo Gangotena.

Para terminar esta larga enumeracion de ruinas y desolacion, diré á V. S. que tanto el Imbabura como la laguna de Yaguarcocha fueron sacudidos furiosamente:

el primero perdió varias de las rocas que coronaban su cima, y la segunda además de los derrumbos que se advierten en sus márgenes, con el sacudimiento perdió toda la ancha diadema de juncos que la ceñía, la que, dividida en muchos fragmentos, flota al presente sobre las aguas del lago á modo de móviles islotes. Paso en silencio los efectos que el terremoto produjo hacia el Norte de Ibarra, por no haber visitado aquellos lugares.

Cuando el 10 del corriente parti de Caranqui para regresar á esta capital, se disponían á la inauguración de la nueva ciudad de Ibarra, la que tendrá lugar el domingo siguiente, 13 de setiembre. Ya se había delineado la planta en la que cada corporación ocupaba su respectivo lugar, y tanto la catedral como los demás edificios públicos y particulares serán provisionalmente chozones de paja. El sitio es inmejorable bajo muchos aspectos; la solidez del terreno, la salubridad del clima, la abundancia y excelencia de sus aguas, la proximidad al pueblo de Caranqui del que solo dista algunas cuadras hacia el sudeste, y á la antigua Ibarra, de la que está separado por un buen camino de poco más de media legua de extensión.

Este hermoso, extenso y ventilado sitio es el llano llamado de *Monjas*, sito al Mediodía de la antigua ciudad de San Miguel de Ibarra. Las demás poblaciones de Imbabura no han podido encontrar un paraje, ni con mucho, tan aparente, como el que la mayoría de los ibarreños sobrevivientes han escogido. Creo sin embargo que en el asiento de la antigua ciudad se levantará un pequeño pueblo; pues á muchos propietarios les es duro abandonar sus posesiones, y además tienen el apoyo del señor García Moreno, quien les presta decididamente su ayuda, y poseen en los escombros de los edificios elementos necesarios para la reconstrucción de sus casas.

Tan deleznable es la calidad del terreno en la mayor parte de Imbabura, y tanta el agua que en sus inmensos depósitos se oculta á poca distancia de la superficie que, si los pueblos reconstruyen sus habitaciones según el antiguo sistema, no dudo tendrán que lamentar nuevos estragos. Me parece que se deberían tomar providencias, como lo hizo el gobierno español en la antigua presidencia de Guatemala, después del terremoto que la destruyó á fines del siglo pasado, y creo deberse preferir las construcciones de madera, eliminar totalmente los tapias y los adobes y evitar los edificios elevados.

Pasando ahora á desarrollar la hipótesis que, según mi opinión, puede explicar la causa del cataclismo del 16 de agosto, establezco su origen en la intensidad de los rayos solares cerca del equinoccio de otoño, y señalo como elemento destructor los gases comprimidos en las cavidades de nuestros Andes. No hay duda que el Ecuador ha sido siempre el país de los terremotos: sobre todo Quito, Latacunga y Riobamba, presentan una larga historia de ruinas y estragos originados por los temblores de tierra y los volcanes.

La mayor parte de las catástrofes han tenido su origen en las erupciones del Pichincha y del Cotopaxi; igneas siempre las de aquel, igneas y acuosas las de este. Por manera que, exceptuados solos cuatro terremotos, todos los demás, en número considerable, apoyan la creencia popular de que los temblores son originados por las erupciones volcánicas. De los cuatro exceptuados solo de uno es conocida la causa; del que en 1699 arruinó á Latacunga y derramó sus estragos desde Alausi hasta Quito. Este terremoto fué debido al hundimiento del antiquísimo volcán Carhuairazu. El origen de los tres restantes se ha ignorado completamente; y sin embargo, no dudo atribuirlos á la misma causa que ocasionó el del mes pasado.

En efecto, fijándonos en las fechas de aquellas catástrofes, hallamos, que el terremoto de 1643, el cual arruinó completamente á Riobamba y llevó la consternación á una distancia de cuarenta leguas, tuvo lugar, después de ligeros movimientos, en febrero, es decir, un mes antes del equinoccio de primavera; que el terremoto de 1747, el cual arruinó á Latacunga, aconteció el 22 de febrero, un mes antes del mismo equinoccio; que, finalmente, el de 1755, terremoto que espació la consternación y la ruina por Quito y sus alrededores, sucedió el 26 de abril un mes después del equinoccio de la primavera.

A estas tres fechas se debe añadir la del 22 de marzo de 1839, día del equinoccio en la que esta capital sintió un violento temblor, mucho menor que los anteriores, pero bastante para hacerle sentir sensibles pérdidas. Si á estos cuatro terremotos, unimos el del 16 de agosto, un mes antes del equinoccio de otoño, podremos inferir lo que al principio establecí; que la grande intensidad de los rayos solares cerca de los equinoccios puede ser el origen de los grandes terremotos, cuya causa no puede señalarse en alguna erupción volcánica.

No es difícil explicar cómo esa grande intensidad calorífica pone en inflamación la enorme masa de gases inflamables, acumulada en las cavidades de los Andes, por la acción continuada durante largos años del fuego subterráneo. Se sabe, y es admitido generalmente por los geólogos, que la costra sólida del globo tiene un espesor muy poco notable en proporción con el diámetro de la tierra. Además, según la opinión de M. Boussingault y de algunos otros geólogos, opinión confirmada por la experiencia, habiéndose efectuado el levantamiento de los Andes después de la solidificación de los materiales que los componen, debieron haber quedado en su seno profundas y vastas cavidades, las que indudablemente sirven de recipiente á los gases que se desprenden en virtud de la combustión interior del globo.

Una vez establecidos estos principios, fácilmente se comprende cómo pudo inflamarse esa enorme masa de fluidos aeriformes. Los ardientes rayos del sol, cayendo verticales sobre un terreno perfectamente conductor del calor, ya en virtud de las materias que le forman, ya también por las profundas grietas y barrancos que por donde quiera se encuentran en los países volcánicos, no hay duda que, ayudados de la perfecta sequedad del aire y del suelo, inflaman los gases acumulados en aquellas cavidades. Una vez verificada la explosión en un punto, muy bien puede transmitirse esa inflamación primera al través de los conductos que corren á lo largo de la cordillera de los Andes. En esta suposición, los países colocados sobre conductos amplios y perfectamente despejados, pueden muy bien sentir apenas el movimiento de la tierra; al contrario, aquellos cuyos conductos subterráneos son estrechos ó se hallan cegados por hundimientos parciales, claro está que deben sufrir un violento é instantáneo choque producido por la inflamación de los gases. En esta hipótesis, los volcanes desempeñan muy bien el papel de válvulas de seguridad, dando curso á los fluidos inflamados, y salvando así de una completa catástrofe á los países circunvecinos. Tal es el modo cómo puede concebirse el cataclismo de la parte meridional del Perú, y el de la parte setentrional del Ecuador; tal el modo cómo puede explicarse el que haya quedado intacto el inmenso territorio que se extiende desde Lima hasta Quito (1).

La provincia de Imbabura, además de tener obstruidas sus canales subterráneas, tal vez, por causa del hundimiento del antiguo volcán de Cuicocha, se halla en casi su totalidad compuesta de escorias y cenizas volcánicas, formando una capa, acaso de menos de doscientos metros de espesor, flotante sobre un extenso depósito de aguas. La inspección detenida de esos lugares, el estudio de las recientes erupciones de agua y lodo, la historia de las antiguas y numerosas de agua, lodo y piedras de Imbabura, los diversos lagos que encierra la provincia, y la gran facilidad de obtener aguas perforando el terreno y el gran número de manantiales, me han dado una convicción profunda de la existencia de ese inmenso lago subterráneo.

Este depósito pues de aguas, comprimido por la fuerza expansiva de los gases, brotó por muchos lugares diferentes, produciendo así las gigantescas avenidas de agua y lodo del Perihuela, Pucará, Chachinburo y otras muchas menores, tanto en las planicies como en las barrancas y cerros.

La teoría del vapor emanado de la ebullición de las aguas subterráneas, además de ser local, no tiene aplicación en Imbabura, á causa de la peculiar formación del suelo de esa provincia, ni tampoco explica por qué los terremotos son casi exclusivos de los países volcánicos. La influencia que se atribuye á los planetas, me parece enteramente improbable; porque cuerpos tan pequeños y tan distantes de nosotros, solo pueden tener una influencia apenas sensible. Además, si la luna produce las mareas y los planetas no, mal se puede atribuir á aquellos una influencia mayor que la que posee nuestro satélite mucho más cercano á nosotros.

Quedo de V. S. H. su afectísimo servidor

FEDERICO C. AGUILAR, S. J.

Relacion entre las costumbres

Y LOS ESCRITOS DE LOPE DE VEGA.

« Con dos flores de un jardín, seis cuadros de pintura » y algunos libros, vivo sin envidia, sin deseo, sin temer y sin esperanza, vencedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la misma confusión, alegre en la necesidad, y si bien incierto del fin, no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino por donde más me puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de la calumnia y las trampas de la envidia. »

Así describía su carácter el ingenioso poeta español Lope de Vega, en la dedicatoria que hizo de su comedia, *el Alcalde mayor*, á cierto amigo residente en la ciudad de Méjico. Con tales costumbres y con tal manera de pensar, es claro que sus versos nacieron en la sencillez y tranquilidad de ánimo, en la práctica de las

(1) Es muy probable que la elevada temperatura de los rayos solares cerca del equinoccio produzca en la tierra corrientes termoeléctricas, las cuales á su vez inflaman los gases. Dos fuertes argumentos apoyan esta conjetura. Primero: el declinómetro del Observatorio magnético de Quito señalaba en los días precedentes al terremoto oscilaciones anormales en la brújula. En efecto, el máximo de declinación diurna matutino osciló en los seis días anteriores 30 centésimos de milímetro, ó 4' 18" 60, oscilando ordinariamente de 51" 72; 1' 26" 20; el máximo de la noche recorrió 101 centésimos, ó 14' 30", siendo su variación normal de unos 2'. El mínimo de declinación diurna tuvo una amplitud de 32 centésimos, ó 4' 36", no teniendo por lo regular sino de 1' á 2' de amplitud. Relativamente al período diurno, su excursión varió mucho de 17" á 5' 18" contra lo ordinario. El otro argumento, que apoya el desarrollo de corrientes termoeléctricas, son las luces repentinas que muchas personas aseguran haber visto pasar en la hora del terremoto de un extre-

virtudes, en el desprecio de las riquezas, y en la admiración de la hermosura.

Lope de Vega manifestaba sinceramente sus sentimientos. Por eso, mientras más bellos son los objetos que describe, los pinta con mayores encantos y atractivos. La inocencia de las aves, los afectos de un amor puro, la belleza de una doncella, las galas de las flores, hijas del mes de mayo; y las mansas corrientes de los ríos y de los arroyos, se hallan retratados en sus escritos con la sencillez de la verdad, con fluidos y suavísimos versos, y con palabras y frases más suaves todavía.

En el vario discurso de su larga vida, así seglar como sacerdote, Lope de Vega se dejó regir constantemente por el amor con que acataba la justicia, la razón, la virtud y la hermosura. Ni la ira podía cegarle el entendimiento hasta el punto de vengar por medio de las armas las pretensas injurias, ni la codicia desviarle de la honestidad de sus costumbres.

Salustio se quejaba de la corrupción de Roma y de la venalidad y ambición de los que desempeñaban cargos en la república; pero tuvo que salir del Senado por sus vicios y por su insaciable sed del oro, por bajos medios solicitado y adquirido. Lope de Vega celebraba la excelencia de las virtudes y los encantos de un espíritu tranquilo en el reposo y en la contemplación de la naturaleza, y ejercitaba en su vivir lo mismo que tan deliciosamente describía en sus obras poéticas.

El Salustio, senador romano, era muy distinto del autor de las admirables historias de la *Conjuración de Catalina* y de la *Guerra de Yagurta*. El Lope de Vega, sacerdote español, no se diferenciaba del poeta que tan bien solía encomendar en sus escritos la sencillez de vida y el ejercicio de las virtudes.

Cuando seglar, compuso una comedia intitulada *el Asalto de Maestricht*, para celebrar la victoria que recientemente habían adquirido las armas españolas en los Países Bajos, donde corrían entonces tantos arroyos de sangre, y donde tanta gente de nuestra nación iba á perecer en defensa de las ambiciones de la casa de Austria.

Acertó, ó más bien tuvo el poco acierto de poner Lope de Vega entre las personas que representaban en su comedia un alférez de los que más se habían distinguido en la *presa* (como en aquel tiempo se decía sin incurrir en galicismos) de la plaza de Maestricht. El actor encargado de recitar el papel era de ruin persona. Terminada la representación de la comedia con feliz suceso, cierto hidalgo muy descolorido y enojado llamó aparte al bueno de Lope, y le dijo que *había sido muy mal término dar el papel de alférez* (que era hermano suyo) *á un comediante tan villano de talle y de tanta cobardía en las maneras, cuando su pariente tenía buena presencia y gentil espíritu, según lo mostraban sus proezas*. Lope, al oír querrela tan extraña, se excusó lo mejor que pudo en tan inesperado trance. Pero el hidalgo no se satisfizo con sus excusas; y así le previno que si no entregaba el papel á otro representante, desde luego se diese por desafiado. Lope, hombre pacífico é inofensivo, al escuchar tales bravezas, ofreció cumplir lo que el hermano del alférez tan vivamente solicitaba. Dió el papel á otro actor de buen rostro y mejor talle, y le encargó que hiciese muchos ademanes de valiente, con lo cual se serenó el hidalgo, y en vez de acuchillar al poeta, le envió unos regalos (1).

Esta suavidad del carácter de Lope de Vega, en la edad viril y en un tiempo en que la educación y las costumbres exaltaban los bríos, permaneció igual en los días de la vejez, cuando los achaques, los desengaños de las vanidades del mundo y de la constancia de los amigos, y la gran fama, pudieran haber agriado su condición y encendido su orgullo.

« Un hombre iracundo y mal advertido desafió á Lope, » hallándole en estado que ya los hábitos eclesiásticos » le excusaban la respuesta. Instó el que desafiaba, y » empuñando la espada, enojado más con su silencio, » le dijo: *Ea, salgamos fuera. — Vamos* (dijo Lope, » niéndose con mucho espacio el manto), *vamos, yo al » altar á decir misa, y vuesa merced á ayudarme á ella.* »

Esto refiere fray Francisco de Peralta en un sermón predicado en las exequias de Lope (*Madrid* 1635), obra bastante rara.

Lope de Vega era además un hombre modelo de modestia. Ni los aplausos lo engreían, ni la estimación universal lo cegaba. Para él fueron tormentos irresistibles las honras merecidas que le tributaban por su ingenio los reyes y los grandes.

Su íntimo amigo y compañero inseparable, el doctor Francisco de Quintana, autor de varias novelas y poesías, celebradas en aquel siglo, predicó también en otras

mo á otro del horizonte; luces producidas sin duda alguna por la exuberante cantidad de fluido eléctrico. Además, las corrientes subterráneas de gas inflamado se dieron á conocer por los ruidos sordos que precedieron al terremoto, y que se dejaron oír muchas veces antes de los casi continuos temblores que al primer movimiento se siguieron. Prescindiendo de la inflamación de los gases por las corrientes eléctricas, es evidente que el hidrógeno puro y el hidrógeno sulfurado se encienden al contacto del aire, produciendo una luz, ya de color rojo violeta, ya también de un tinte azul claro ó verdusco, luz que se observa ordinariamente en las erupciones volcánicas. Esto supuesto, las luces repentinas de que hablamos arriba, pudieron ser originadas por el desprendimiento de gas hidrógeno á través de las grietas del suelo, gas que á su contacto con el aire atmosférico, pudo originar esos fenómenos luminosos.

(1) Lope refiere este suceso en una de sus novelas.

exequias de Lope. En su sermón, impreso igualmente en Madrid el año de 1635, hay curiosísimas noticias acerca del carácter y costumbres de Lope de Vega. Ninguna de ellas ha sido conocida por los biógrafos de este esclarecido ingenio, porque el original del elogio fúnebre de Quintana es de una rareza singular.

Véase cómo describe un constante amigo de Lope su modestia: «Los príncipes, así eclesiásticos como seculares, le veneraron y aun le deseaban, quejándose de que no los visitase; pero él se portaba tan templadamente en estas horas, que á la queja de un príncipe grande eclesiástico, de que no le veía, respondió: *Yo viera mas veces á vuestra ilustrísima, si me hiciera menos honores cuando le veo.* Secretario fué en su juventud de dos príncipes grandes, y cuando estimaban mas su persona, los dejó por huir de las lisonjas y estimaciones de sus familias; y estaba tan desengañado de este género de favores, que solía decir: *Aun á las figuras de los tapices de palacio tuviera lástima si tuvieran sentimiento.* Tan templado fué en esta parte, que siendo así que murió en el servicio de un generoso príncipe... y estando en estado que pudiera como amigo gozar de sus favores, no quiso pasar por ello, sin estar primero escrito en los libros de los criados de su casa. Cuando salía de la suya, llegaban mil diferentes personas á verle, conocerle y decirle varios encarecimientos de sus escritos, y con tanto aliento repelia estas estimaciones, que después de haberse cubierto su anciano rostro de vergüenza, introducía diferentes razones en orden á que cesasen sus alabanzas; y si, no obstante esta diligencia, proseguían, dejaba la conversación, teniendo por

» mejor parecer descortés que dejar de ser en tantos honores magnánimo.»

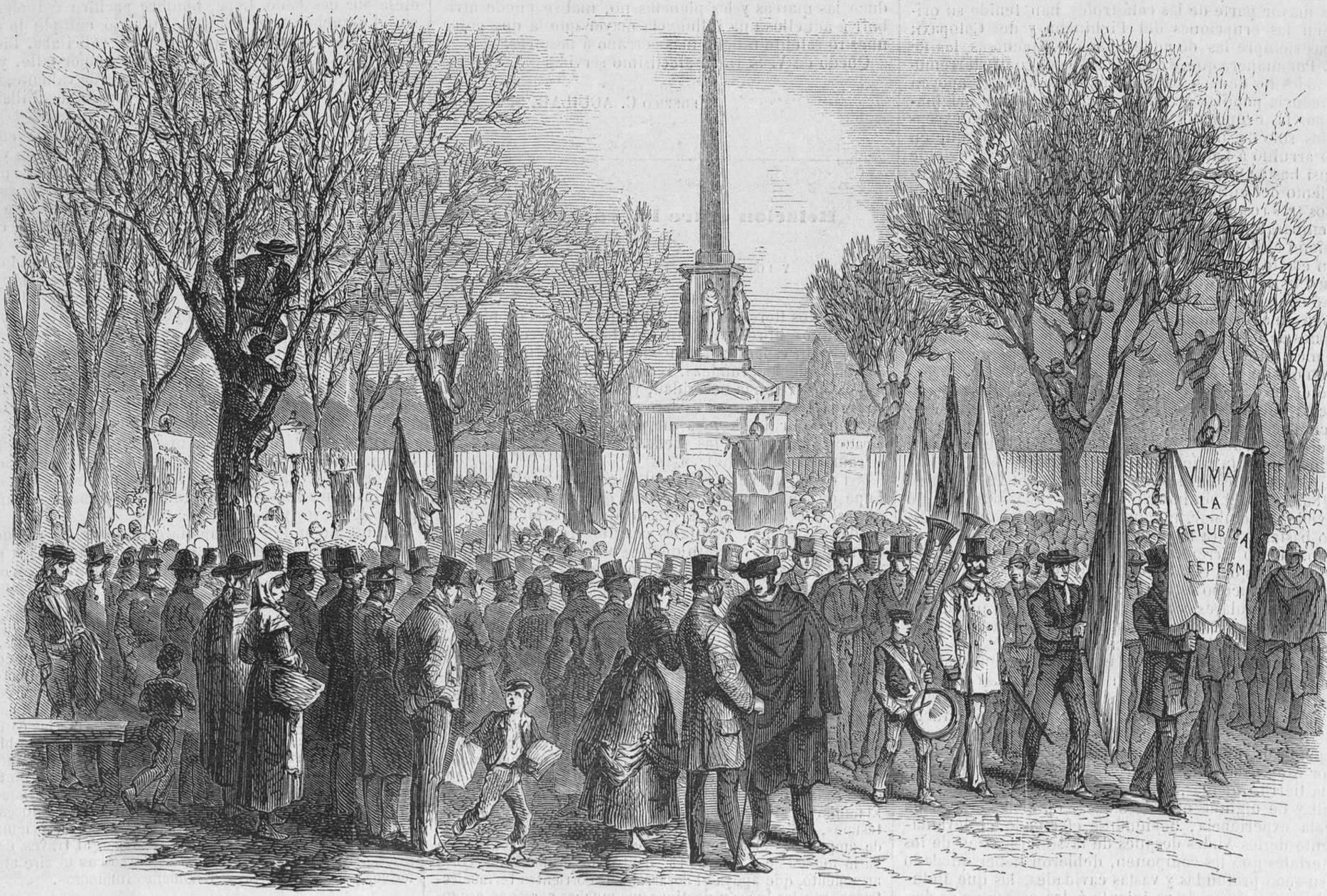
Este desprecio de la próspera fortuna y de las pompas mundanas, este ánimo igual, esta confianza en su grandeza, y esta modestia, hija de la sabiduría, descubren en Lope de Vega al poeta eminente, cantor de las

» tidad de dinero sobre la mesa para que el criado no tuviese necesidad de pedirlo, ni tuviese mas que hacer que darla en llegando el pobre á la puerta.» Tal decía de la caridad de Lope el citado Quintana.

(Se continuará.)



Don Emilio Castelar.



SUCESOS DE ESPAÑA. — Manifestación republicana del 29 de noviembre en Madrid. — La comitiva al frente del monumento del Dos de Mayo.

Manifestacion republicana

EN MADRID EL DIA 29 DE NOVIEMBRE.

El dia 29 de noviembre ha habido en Madrid una manifestacion republicana, grande, imponente y majestuosa, al decir de nuestros corresponsales.

A las doce y media en punto la numerosisima comitiva se puso en marcha, dirigiéndose con el mayor orden y compostura por la carrera que estaba ya acordada. Al pasar por delante del ministerio de la Gobernacion, en donde estaba formada la fuerza de la milicia ciudadana que da la guardia, se dieron algunos vivas á la república federativa, que fueron contestados por los asociados á dicha manifestacion. En los balcones del expresado ministerio vimos al señor Sagasta y al gobernador militar señor Milans del Bosch, quien saludó mas de una vez á la multitud de banderas republicanas que se veian tremolar en medio de la muchedumbre que se agolpaba sobre la carrera.

Todos los distritos de Madrid concurrían asociados de las comisiones de provincias, que han contribuido á la brillantez de la manifestacion.

Los estudiantes de Madrid, al frente de una banda de música, compuesta de paisanos, cantaban un himno republicano dedicado al general Pierrad, compuesto por don Manuel Balbas y música de don Pablo M. Perlado. Tambien vimos que los demócratas del Hospicio llevaban procesionalmente los retratos de los célebres republicanos Sisto Cámara y Mazzini.

En el centro de la plaza de la Armeria se habia colocado una mesa para que los señores que habian de dirigirse al público, pudieran hacerlo de una manera que este viera y oyera con mas facilidad á los oradores. El señor Garcia Lopez usó de la palabra, y despues de encomiar el orden y cultura que ha reinado, dijo que si los acontecimientos nos trajeran al palacio que se presentaba á la vista, un rey extranjero, era preciso que tuviera presente los principios que se consignaban en las banderas republicanas que hoy ondeaban por todo Madrid. Anunció que el señor Castelar se reservaba para hablar ante el monumento del Dos de Mayo, donde se verificaria el desfile de la reunion.

El público, que no se conformó con semejante reserva, pidió con insistencia que hablara el señor Castelar, quien subiéndose sobre la mesa dijo con voz clara y entonacion firme que solo diria cuatro palabras, porque creia mas oportuno hablar á su numeroso auditorio delante del obelisco del Dos de Mayo, donde reposan las cenizas de los que con la mayor negacion supieron sacrificar sus vidas por la causa santa de la libertad.

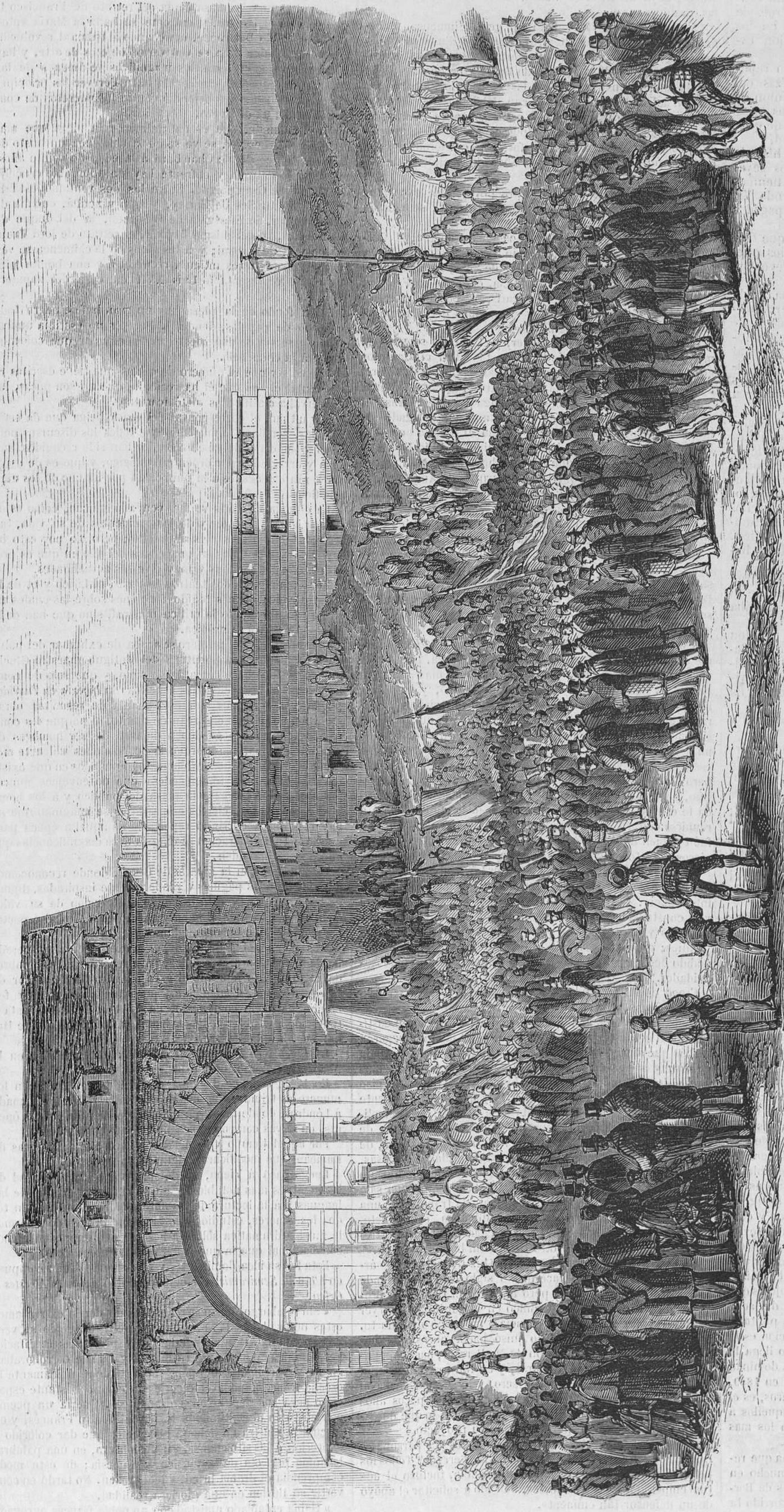
Añadió que la primera vez que habló en el palacio que tenia delante, fué para decir á la que le habitaba que era partidario y acérrimo defensor de la *idea republicana*, y concluyó con un viva á la república federativa, que fué nutridamente contestado.

En seguida la reunion se dirigió por la plazuela de Oriente, Isabel II, calles del Arenal, Alcalá, al Dos de Mayo.

Al llegar al Dos de Mayo apenas pudo el comité abrirse paso por entre la multitud; así es que muchos se quedaron confundidos entre esta, subiendo al anden los señores Pierrad, Orense, Castelar, Sorni y algun otro.

Este último tomó la palabra para recordar que hace dos meses el palacio real, cuyos muros han visitado hoy, era el albergue de la tiranía y de la iniquidad, y hoy podrá ser el alcázar de la república, y siguiendo con la misma cordura que hoy han mostrado, muy pronto ondeará sobre él para siempre la bandera republicana. |

Sucesos de España. — La comitiva entrando en la plaza de la Armeria.



El señor Castelar en seguida, recordando la significación del sitio donde en aquel momento estaban congregados, campo regado con la sangre de los héroes de la independencia aconsejó que se unieran todos en dos sentimientos: el aborrecimiento á la dominación extranjera y el amor á la libertad.

Dijo además que en prueba de que el partido republicano no pretende la disolución de las fuerzas del país, aspira á la federación, que significa la unión de todas las provincias, la unión de Portugal y de las Américas latinas, cuyo resultado renovaría el hecho de que, el sol no se ponga en los dominios de la libertad.

Pasó en seguida á hacer á grandes rasgos la historia de las grandes iniquidades políticas de distintos reyes desde Felipe V á nuestros días, recordando los tiempos de María Luisa y Godoy, la conducta de Fernando VII al humillarse á Napoleón, y los sacrificios mal pagados hechos durante la guerra civil.

Después combatió en general la monarquía, que dijo se fundaba solo en la bajeza y abyección de los pueblos, y protestó muy especialmente contra los reyes extranjeros.

Aseguró al pueblo que en sus manos estaba ya la suerte de España, de Europa y del mundo entero, porque su influencia sería mortal para el reinado de la tiranía y de la teocracia, porque hoy los ejércitos europeos contribuyen á sostener en el sitial de Francia al enemigo general de la libertad, y la república contribuirá á su ruina, como contribuirá á que Polonia nos considere sus salvadores el día en que la Alemania sea republicana.

Para esta grande obra, dijo que no hacen falta halas ni guerras, sino sencillamente votos para la república que convengan al gobierno de que el pueblo le sostiene.

Concluyó diciendo que cada acto solemne y ordenado como el de hoy, será un paso solemne también y seguro para el triunfo de la república que hemos ganado, se acabarán los despilfarros, los ejércitos serán ejércitos de ciudadanos y podrán los españoles decir en la tumba de los héroes del Dos de Mayo, de Zaragoza, Bailen, Gerona y Talavera, que son hijos dignos de ellos y herederos de su glorioso nombre.

El señor Orense recomendó en seguida á la multitud que se disolviese con la misma compostura con que se había congregado sin mas voz que el viva que allí se iba á dar y se dió en efecto, de ¡ Viva la república!

El general Pierrad habló para demostrar su decisión por la causa republicana, dirigiendo su voz á los soldados que le escuchasen, á quienes dijo que con la república podrían ser soldados ciudadanos y voluntarios viviendo con sus familias y al cuidado de su trabajo y de sus haciendas.

Después habló otro jóven cuyo nombre ignoramos y se disolvió la comitiva.

Cuando se hace uso del derecho de reunión en términos tan comedidos, dice la *Correspondencia*, de donde tomamos esta relación, ordenados y patrióticos, no puede menos de ensancharse el corazón de los que amamos con sinceridad los derechos y las libertades populares, y esperarse confiadamente que cualquiera que sea el fallo de las Cortes, en favor de la república ó la monarquía, España estará, de hoy mas, bien gobernada como merece y tendrá días de tranquilidad y bienandanza, siempre que como hoy se hermane la libertad con el orden.

Revista de Paris.

Paris está entregado á las tareas que traen consigo las fiestas de año nuevo. Decimos tareas con toda intención, pues quince días antes de la fiesta consabida, ya es preciso comenzar á ocuparse en la compra de regalos, en formar las listas de las personas que cuando menos tienen derecho á recibir una tarjeta de felicitación, en prepararse á hacer visitas. Vivir en Paris y sustraerse á estas costumbres tradicionales, es lo que se llama un imposible. Así sucede que muchas personas, y de las mas encopetadas, prolongan su residencia en el campo hasta que pasa ese día terrible en que tanto hay que prodigar los obsequios y las sonrisas. Y siempre lo mismo. Se dice que la moda hace milagros, que modifica, que cambia completamente los usos y costumbres de un pueblo como cambia el corte de una levita ó la forma de un sombrero; pero en esta celebración del primer día del año no ha logrado por cierto introducir una variación alguna. La moda se estrella aquí contra la rutina, y si algo se propone y algo consigue es que los objetos que unos á otros se ofrecen los parisienses en ese día sean cada vez mas lujosos, sin duda para que suba de punto el valor del sacrificio. Sea como quiera, la resignación es la gran virtud que mas se necesita en Paris cuando llega la fiesta de año nuevo, sobre todo en aquellos que dominan la situación á duras penas. Que no les falte pues en 1869, ó mejor dicho, que les sobre para los años venideros, es el voto mas útil que puede hacerse en favor de aquellos á quienes corresponde el papel de víctimas, que son los mas en esta célebre fiesta.

En otro lugar de este número damos una lámina que representa una ceremonia, de la que se ha hablado mucho en Paris durante la última semana: la de los funerales de Berryer, que se han celebrado en el sitio donde ha ocurrido la

defunción, ó sea en Augerville, residencia campestre del orador, cuya ausencia se notará durante largo tiempo en las asambleas francesas.

La ceremonia había reunido un gentío inmenso, procedente de Paris y de los lugares contiguos. En el vestibulo del palacio y casi debajo de la puerta, estaba el féretro forrado de paño negro y cubierto de flores y coronas.

A la una estaban allí todos los convidados. Todas las notabilidades del foro francés con delegados de distintos colegios extranjeros, asistían á estas solemnes honras, en las que figuraban igualmente diputaciones de distintos oficios, como carpinteros y tipógrafos, que quisieron también pagar el último tributo al ilustre abogado que les había defendido diferentes veces.

El féretro fué trasladado á la pradera que se encuentra delante del palacio, y allí se pronunciaron diez discursos en el orden siguiente:

M. de Sacy, en nombre de la Academia francesa, M. Grevy, decano, en nombre del colegio de abogados de Paris, M. Marie, el duque de Noailles, M. de Sèze, en nombre de los colegios de abogados de provincia, el conde de Falloux, el delegado de los tipógrafos de Paris, M. Bocher, en nombre de la familia de Orleans, y el marqués de la Ferté, el delegado de los abogados ingleses.

El clero fué á recibir el cadáver, y el cortejo se puso en marcha hácia la iglesia de la aldea. Llevaban el ataúd los criados de la casa, y sostenían las gasas M. Grevy, M. Thiers, M. de Sacy, M. Marie, M. de Noailles, M. de Falloux, Massy, delegado del colegio de abogados de Orleans, el presidente de los tipógrafos y M. Rameau, delegado de los procuradores de provincia. Seguía al cortejo una brillante comitiva, en la cual se distinguían M. Julio Favre, el duque de Broglie, el duque de Larocheffoucault, M. Enrique de Riancey, M. Emilio Ollivier, el marqués de Andelarre, el príncipe de la Moscowa, el P. Gratry, M. Julio Simon, M. Eugenio Pelletan, etc.

Ni en la iglesia ni en el cementerio cabía la gente; pero sin embargo, no ocurrió ninguna escena de desorden.

Presidia la ceremonia monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, á quien también Berryer defendió en una ocasión solemne. La carta que con este motivo escribió monseñor Dupanloup á uno de los amigos de M. Berryer que no se separó de su lecho de agonía, es digna de ser leída. Dice así:

«Muy señor mio: Había partido de Augerville sin llevarme esperanza alguna, pero aunque la presentía, la dolorosa noticia que me dais hoy me ha causado el mas profundo pesar. M. Berryer era diocesano y amigo mio, y ya podeis figuraros que aunque estoy ocupado con mis visitas pastorales de invierno, haré todo lo que dependa de mí para presidir los funerales de ese querido é ilustre difunto. Ha sido mi defensor ante los hombres, y es justo por lo menos que ese último día vaya á asistirle ante Dios con mis pobres pero fieles oraciones. Su muerte, de la cual habeis sido testigo, ha sido admirable de valor, de serenidad y de profunda fe cristiana. Dios le recibirá en su misericordia, é irá á reunirse con su santo amigo el P. de Ravignan, de quien fué también defensor, así como de todos los intereses religiosos y de todas las grandes causas queridas de la Iglesia.

¡Qué gran voz acaba de enmudecer! Y sin embargo, por incomparable que fuera su elocuencia, era mas elevada su inteligencia. ¿Y quién no ha admirado esa alma generosa y la constancia de esa vida tan leal al través de tantas vicisitudes y borrascas?

Adios; creo que estareis altamente satisfecho de haber podido dedicar hasta el fin á tal amigo vuestros piadosos cuidados.

Creed en mi profunda y religiosa adhesión. — Félix, obispo de Orleans.»

Nuestros lectores al ver ese palacio, esa especie de castillo feudal que está representado en nuestra lámina, juzgarán quizás que Berryer llevaba una existencia ostentosa. Nada de eso, y para convencerse de lo contrario no había mas que visitarle en su modesta habitación de Paris, un piso bajo que ocupaba desde el año 1816 y que milagrosamente ha podido conservar hasta el fin en esta época de demoliciones. Un corresponsal de un diario de Bruselas acaba de hacer una descripción circunstanciada de esta vivienda, de la que vamos á extractar algunas particularidades curiosas.

La habitación se compone de un comedor, donde hay un retrato al óleo de Berryer á los cuarenta años, de una sala bastante espaciosa, de un gran gabinete de trabajo con una biblioteca y de dos dormitorios. La biblioteca, el gabinete, la sala y el cuartito de M. Berryer caen á un patio estrecho y oscuro, que fué en otro tiempo un hermoso jardín.

Berryer fué siempre aficionado á la luz del sol y á los árboles, y por esto eligió hace medio siglo esta casa, donde podía disfrutar del jardín; pero andando el tiempo el propietario cortó los árboles y edificó en el jardín, y Berryer sufrió el contratiempo con paciencia y no buscó otro cuarto.

Ultimamente, el propietario quiso hacer obras que habrían trastornado la habitación de M. Berryer, hasta el punto quizás de obligarle á mudarse, y en tan grave apuro, el ilustre inquilino fué á ver al casero, y le suplicó casi con lágrimas en los ojos, que le dejase en paz los pocos años que aun le quedaban de vida. Berryer alcanzó lo que deseaba, y el propietario no llevó adelante su proyecto.

¿Quién podría decir los nombres de todos los personajes que han estado en la humilde sala de M. Berryer? Todos los personajes políticos y literarios de Francia, incluso el actual emperador de los franceses, han ido á solicitar el apoyo de un defensor tan eminente.

Esta sala no recibe mas luz que por una ventana, y su mueblaje y adorno no pueden ser mas sencillos. El cuadro principal es una hermosa copia del retrato de Francisco I, que está en el Louvre, y enfrente se halla la María Antonieta de Pablo Delaroche, marchando al tribunal revolucionario. En una consola se ven varios objetos de arte, y hay un armario que encierra los magníficos volúmenes de las galerías de Versalles, que regalaron á Berryer los príncipes de Orleans cuando les defendió contra los decretos de confiscación del 22 de enero.

En el gabinete, que es naturalmente la pieza que mas habitaba M. Berryer, se ve sobre la chimenea un busto de bronce del conde de Chambord á la edad de veinte años, del tamaño natural, y enfrente hay un admirable crucifijo de Felipe de Champaigne. Entre las dos ventanas está la estatua de Aquiles de Harley, y aquí y acullá, encima de los muebles, la estatuilla de O'Connell, la del duque de Fitz-James, la del mismo Berryer, el retrato de lord Brougham y el de Rossini; y á los lados de la chimenea se ven miniaturas, retratos íntimos, recuerdos, y una bonita pintura que representa á Luis XVII en casa del zapatero Simon.

En el fondo de la pieza hay un gran bufete negro todo cargado de papeles, donde M. Berryer no escribía nunca, pues se servía de una mesita medio circular que colocaba junto á la chimenea.

Parece ser que el número de cartas que tiene escritas es incalculable. Las que él ha recibido, que no son pocas, las conservaba clasificadas metódicamente.

Por último, el corresponsal del diario belga que da estas noticias, concluye anunciando que todos los discursos políticos y judiciales del célebre orador han sido recogidos también y arreglados por orden cronológico, y que es de esperar serán entregados á la publicidad por alguno de los amigos fieles del difunto.

La crónica de Paris se ha ocupado mucho, como es de pensar, de M. Berryer y de los incidentes de su vida, tan fecundos en interesantes anécdotas; pero no por esto ha olvidado que estamos en una época del año en que es preciso atender á muchas y muy diversas actualidades.

Por ejemplo, en dos teatros de Paris, el Lírico y el de la Opera Cómica, hemos tenido funciones sobre las cuales no solo se ha ejercitado la crítica musical, sino que han dado también pasto á la crónica.

Con efecto, en el primero se acaba de exhumar del polvo de los archivos una partitura del antiguo maestro Gluck, que se estrenó hace cerca de un siglo, y que solo de nombre conocían los aficionados eruditos: la *Ifigenia en Taurida*. ¡Cuándo acabaremos con esta manía de resucitar obras muertas, no porque carezcan de mérito, ni porque los compositores á quienes se deben dejasen de ser hombres de alta inteligencia, sino porque las condiciones del arte moderno las rechaza inexorablemente! Fundados en que existe un *Don Juan*, obra imperecedera que no envejece nunca, que satisface á la vez á la masa del público y á los hombres competentes, ciertos empresarios se imaginan que no hay mas que recurrir al repertorio de aquella época para que la actual generación se extasie ante magnificencias que ya no se comprenden.

Esto sucede con la *Ifigenia* de Gluck, donde reconocemos que hay grandes páginas verdaderamente inspiradas, dignas de todo aplauso, y esto haciendo abstracción de su valor científico; pero que al cabo y al fin dejan frio al espectador por mas que le sorprendan.

Mas como antes decíamos, esta exhumación inesperada ha dado margen á la crónica, para recordar á los hombres del siglo XIX lo que fué el gran maestro Gluck, autor de *Orfeo*, *Alceste*, *Armida*, etc., pues fué hombre muy fecundo, habiendo compuesto, de 1741 á 1774, cuarenta y tantas óperas, intermedios y bailes para los teatros de Italia, Austria é Inglaterra.

La *Ifigenia en Taurida* dió entrada á este maestro en la Academia Imperial de música.

En 1745, después de haber adquirido gran fama con los numerosos triunfos que alcanzó en Italia, Gluck fué llamado á Londres, donde le dieron el encargo de escribir dos óperas, en cuyas composiciones no fué afortunado.

Por aquel tiempo vino á Paris y oyó algunas óperas de Rameau, que modificaron algun tanto su estilo.

Luego pasó á Viena, en donde vivió en la intimidad de los hombres mas notables, y allí se dedicó al estudio de las lenguas y á la lectura de los autores mas eminentes en todos los géneros, estudios que hizo con la idea de reformar la música dramática sobre la base de una expresión menos convencional que la que á sus ojos tenía entonces.

Esta fué su idea dominante, y con arreglo á ella compuso en 1748 la *Semiramis*, así como escribió después *Alceste* y *Orfeo*.

«Sin embargo, dicen los apuntes de donde extractamos estas notas, hasta 1772 no encontró el gran genio su verdadero camino. Después de largas y profundas meditaciones, seguidas de ensayos razonados y que le corroboraban en su ya arraigada opinión, reconoció que únicamente la escena francesa podía ofrecerle un campo bastante espacioso para sus aspiraciones dramáticas. Quería un poema concebido en el sentimiento lógico del Teatro Francés, y en el cual la música no debiera hacer mas que dar colorido y expresión á las situaciones. Su ilusión era, en una palabra, la unión perfecta de la música y la poesía; de este modo comprendía el drama lírico, y tenía razón. No tardó en convertir su ilusión en una gloriosa realidad.

» Había entablado amistad con un noble francés agregado

á la embajada de Francia en Viena, M. de Rollet, persona de talento y muy aficionada al teatro. Gluck le confió sus ideas, y aquel apreciando su elevación artística, quiso ayudarle á ponerlas por obra. La elección recayó en la tragedia de Racine, que fué transformada muy pronto en libretto de ópera, y Gluck principió su obra.

» M. de Rollet escribió á la administración del teatro de la Ópera, pidiendo que se le facilitase la escena de la Academia real para esta obra que debía reformar la música dramática y abrir para el lirismo francés una era nueva y fecunda. Esta proposición no fué bien recibida desde luego: una revolución musical asustaba á los interesados, es decir, á los que se reconocían incapaces de seguirla; pero Gluck había sido en Viena profesor de música de la delfina María Antonieta, y merced á su poderosa intervención, desaparecieron todos los obstáculos. *Ifigenia en Taurida* fué representada por primera vez en el teatro de la Ópera el 19 de abril de 1774, y se inauguró con ella la escuela de Gluck, que tenía entonces sesenta años, y que, á la edad en que por lo común el artista descansa, principiaba la carrera que se había creado, y que fué la clave de la gran escuela francesa.

» La música de esta partitura entusiasmó al público parisiense que encontraba en ella la verdad, la pasión, la expresión patética y la elevación de pensamiento que buscaba en todas las producciones del ingenio, especialmente en el teatro. El genio de Gluck que, á sus cualidades escénicas unía una orquestación sencilla pero de una rara energía, coros ricos de armonía y graciosos aires de baile, tomó posesión del teatro de la Ópera desde la primera audición de esta obra maestra, que fué seguida de las traducciones de *Orfeo* y de *Alceste*, y mas adelante de *Armida* y de *Ifigenia en Taurida*.

Hé ahí la historia de Gluck y de su partitura. Sin embargo, el París de entonces, que se entusiasmó con la *Ifigenia*, ya lo hemos dicho antes y lo repetimos, no es el París de ahora.

Veremos si la *Armida* que se considera como la obra maestra de Gluck, tiene en la Grande Ópera, donde se dispone su representación, otra acogida que la que ha tenido aquella en el Teatro Lírico.

La novedad que al mismo tiempo se puso en escena en la Ópera Cómica es el *Corricolo*, libretto de los señores Labiche y Delacour, música de Poise.

¿Qué es un *corricolo*? Es una especie de calesin napolitano que lo mismo corre por las calles de una ciudad que por medio de un camino.

Este vehículo aprovecha un pintor francés, M. de Lusan, para correr en pos de una cantatriz veneciana, en tanto que su esposa apela al mismo medio de locomoción para perseguir al marido voluble.

El referir esta doble odisea cuajada de complicaciones y peripecias sería tarea larga y poco divertida para el lector; pues es uno de esos argumentos grotescos que hacen su efecto en el teatro y que no tienen otra pretensión que la de provocar la risa durante dos ó tres horas.

La música es ligera y ofrece melodías agradables y muy adecuadas á las situaciones: la señora Cabel despliega en el papel de la joven esposa todos los recursos de su notable talento, y Sainte-Foy es siempre el mismo actor cantante que hace las delicias de los concurrentes á este teatro.

Para concluir diremos que en los Italianos las últimas funciones de la Patti atraen una muchedumbre que se disputa las localidades, no obstante el aumento de precio que han tenido para estas representaciones extraordinarias. Los que han esperado pues hasta la última hora para admirar á la Patti corren el riesgo de quedarse sin oír, y en todo caso no habrán hecho por cierto una economía. Entre las óperas de despedida el *Barbero* y *Lucia* han producido el efecto de costumbre, aumentado por esa emoción natural cuando se aplaude por última vez á una artista que durante tanto tiempo ha fanatizado al público. En suma, cada noche de estas ha sido un triunfo que la Patti no olvidará, por grandes que sean las ovaciones que la esperan en Rusia.

MARIANO URRABIETA.

Berryer.

¿Se rinde un homenaje digno á la memoria de Berryer juzgándole como hombre de partido? No: digan lo que quieran, esto es desfigurarlo ó reducirle; tratamos pues de honrarle de otro modo.

El asunto es tan abundante que pasamos á toda prisa sobre los recuerdos de familia, de infancia y de colegio. Diremos solo que Pedro Antonio Berryer, nacido el 4 de enero de 1790, se educó en el colegio religioso de Juilly, y que en 1815 entró como abogado en la vida pública, bajo auspicios gloriosos para él y para la Francia; tuvo la insigne honra de figurar entre los defensores de héroicos culpables. Fascinado por la magia del regreso de la isla de Elba, Miguel Ney, Cambonne, Drouot, Debelle, Labedoyère, aquellos valientes, aquellos intrépidos, los héroes de la retirada de Rusia, el herido de Waterloo, el hombre digno de Plutarco, que debía tener por panegirista al padre Lacordaire, habían cometido un acto de flaqueza que llamaron traición,

que merecía una censura de la historia, pero que los vencedores, por su propio interés, habrían debido cubrir con una inteligente amnistía.

¿Qué debió pasar entonces en el alma de su joven defensor, francamente realista, hostil al imperio, pero llamado por presentimiento quizá á simpatizar con los vencidos? Se ha dicho que para Berryer, estas dos fechas memorables, 1789 y 1814, se habían continuado y completado una por otra, que representaban á sus ojos el mismo triunfo de la libertad. La paradoja es muy ingeniosa, pero se halla desmentida por la evidencia.

1789 es una fecha revolucionaria; 1814 es lo contrario: la contra-revolución estalla entonces por todas partes, y esto es tan cierto, que los soberanos, gracias á las iras acumuladas contra los ejércitos de la república y del imperio, pudieron hacer que hasta el patriotismo y el espíritu de libertad aprovecharan á la estabilidad de los antiguos tronos. Aquí se abusa de los caprichos de la lengua ó de las etimologías latinas para confundir la palabra *libertad* en su sentido político, con la facultad de verse libre de pagar menos impuestos, y de labrar los campos en lugar de partir para el ejército. Solo mas tarde los partidos se manifestaron, y salieron las libertades de las nuevas instituciones, como Minerva del cerebro de Júpiter; sin embargo, como se trata de la diosa de la sabiduría, mi comparación no pasa adelante.

No, yo creo mas bien que en aquella fecha nefasta de 1815, Berryer, que tenía que conciliar un fondo persistente de realismo con la impresión de aquellos tristes espectáculos, afianzó los principios que han dirigido toda su vida. El horror de las reacciones violentas y de las represalias le enseñó ese respeto de las creencias, esa mansedumbre hácia las personas que le hicieron tantos amigos entre sus adversarios. La especie de caída moral, mas temible que el destierro y la muerte, que sus intrépidos clientes tuvieron que sufrir por haber cambiado de bandera, le hizo comprender que nada vale en el mundo el honor de ser fiel á un sentimiento ó á una idea, y de encontrarse al fin de su carrera lo mismo que al principio. Finalmente; los dolores de la invasión le inspiraron el odio de toda humillación ante el extranjero, y le dispusieron á separar, despues de sus opiniones monárquicas, el ardiente patriotismo que hizo su fuerza.

Trascurrieron quince años: la fama de Berryer hijo, como le llamaban entonces (su padre fué tambien un abogado de mérito), no cesaba de aumentarse, ya en las causas criminales como la de Castaing, ya en procesos célebres como los de Lamennais y el general Donadieu, ya tambien en las sociedades llamadas de las *buenas letras* y de los buenos estudios, donde Berryer recibía con Hennequin los aplausos de la juventud rentista. A principios del terrible año de 1830, entró de lleno en la escena política. Entonces se necesitaban cuarenta años para ser elegible, y Berryer salió diputado por el departamento del Alto Loira.

— M. Berryer, yo estaba *expiando* vuestros cuarenta años, le dijo el rey Carlos X, que tan fácilmente decía una agudeza como perdía un reino.

Brillante á mas no poder fué el *maiden speech* de Berryer.

M. Guizot exclamó diciendo:

— Es un gran talento.

A lo cual replicó Royer-Collard:

— Decid una potencia.

Y efectivamente, potencia era, pero puramente ideal, pues al cabo de tres meses, Berryer no era mas que un vencido. La revolución de julio le creaba una posición única, excepcional, tan brillante y tan bella, que ningún gobierno habría podido ofrecerle otra igual, y que si hubiera sido egoísta y vanidoso, por su gloria y por su gusto habría querido retrasar indefinidamente el triunfo de su causa. Añadiremos que en este punto, como en todo lo demás, Dios y los hombres le sirvieron á pedir de boca.

¡Singular país es la Francia! Una generación joven, entusiasta, instruida y apasionada, prepara una revolución, y los que la secundan en esta obra, Laffitte, Benjamin Constant, Beranger, Casimiro Perier, Thiers, Carrel y Cousin, Guizot y Villemain, el glorioso terceto de la Sorbona, son sus ídolos. Nadie se acuerda del realista Berryer. La revolución se concluye: una monarquía reemplaza á otra demasiado apegada al pasado por consentir en comprender la nueva sociedad, y al punto los aspectos cambian. Los que glorificaban la víspera como libertadores, ya no son mas que sostenes de un poder arbitrario. La popularidad es para Berryer, que llega con las manos vacías, pero que ofrece, sin contar la elocuencia, lo mas seductor que puede ofrecerse á la imaginación, la fidelidad á la desgracia, y luego tambien la oposición al gobierno. Esto es generoso, caballeresco, es verdad; pero con estas generosidades caballerescas, los pueblos pasan un siglo sin saber á dónde van y qué es lo que quieren.

¿Cómo contar sus triunfos de tribuna? Para esto sería menester enumerar todas las grandes discusiones que se agitaron en la Cámara, de 1830 á 1848; cuestiones ardientes entonces, y hoy enteramente frias hasta en sus cenizas. Hoy á un cuarto de siglo de distancia, la importancia de aquellos debates nos parece tan microscópica, que los mejores discursos pronunciados sobre el asunto Pritchard, la indemnización americana ó el derecho de visita, han perdido necesariamente todo su valor. Este es el inconveniente de la elocuencia política, al menos de la que se aplica á verdades relativas, parciales y pasajeras. ¡Cuántas veces Berryer, despues de 1848 y de 1851, cuando se vió coaligado con sus an-

tiguos adversarios, debió sentirse sobrecogido de una irresistible tristeza pensando en la dosis de inspiración, de sonoridades y de llamas que había empleado para hacer imposible un gobierno cuya caída, en lugar de acercarle á su ideal monárquico, le alejaba! Felizmente Berryer había reunido preciosas indemnizaciones para aquellos días de duda ó de dolor. Bondadoso, cordial y simpático, dotado de esa elocuencia del corazón digna de sobrevivir á las causas que ha defendido, liberal en todas las acepciones de esta palabra tan elástica, servicial y amigo de todos, estaba bien seguro, fuesen cual quisieren las vueltas de la fortuna, de encontrar en la admiración y en la amistad un gran desquite para sus decepciones.

Así pues, desesperando de poder decir algo que ya no se haya dicho sobre esa vida, ese carácter, esa elocuencia, sobre los maravillosos dones de esa naturaleza tan feliz, la armoniosa belleza del órgano, la amplitud del ademán, la dignidad de la actitud, la majestad de la frente, el brillo de la mirada, la magnificencia de la acción oratoria, todo lo que explica cómo un gran orador puede prescindir del estilo, y cómo la impresión de un auditorio puede ser tan diferente del efecto de lectura, trataré de hacer no una relación, ni un retrato, sino un ligero boceto segun mis recuerdos personales. Desearia yo sustituir el análisis á la alabanza, darme cuenta de sus inmensos triunfos, sin olvidar al hombre ni al orador, y limitándome á indicar las causas exteriores, accesorias, fortuitas, de su popularidad.

Despues de señalar en primera línea entre estas causas la oposición siempre tan admirada entre los franceses, la elocuencia servida por extraordinarias facultades físicas y morales, las vibraciones de la fibra nacional, la amenidad de carácter, aun tendremos que hacer constar en Berryer tres rasgos característicos que contribuyeron poderosamente, si no á la intensidad, al menos á la unanimidad de sus triunfos. Yo veo en él al hombre de la clase media consagrándose á un partido que parecía no ser el suyo, sin encontrar las mismas desconfianzas que un noble, sin ajar las vanidades de los de su esfera, sin que se le pudiera acusar de que predicaba por su parroquia: veo despues al abogado, aprovechándose de las inmunidades de su profesión, extendiendo con su clientela la autoridad de su nombre, que permaneció siendo amigo de todos sus compañeros que pasaron por el foro para llegar al poder, tuteando á media voz á ministros á quienes combate en voz alta, y gracias á esa francmasonería del pretorio y del Palacio de Justicia, conservando tales inteligencias en la plaza, que un día que perdió el hilo de su discurso ó el orden de sus fechas, el presidente Dupin le puso en la buena vía. Por último, vió en M. Berryer por do quiera y siempre, al artista.

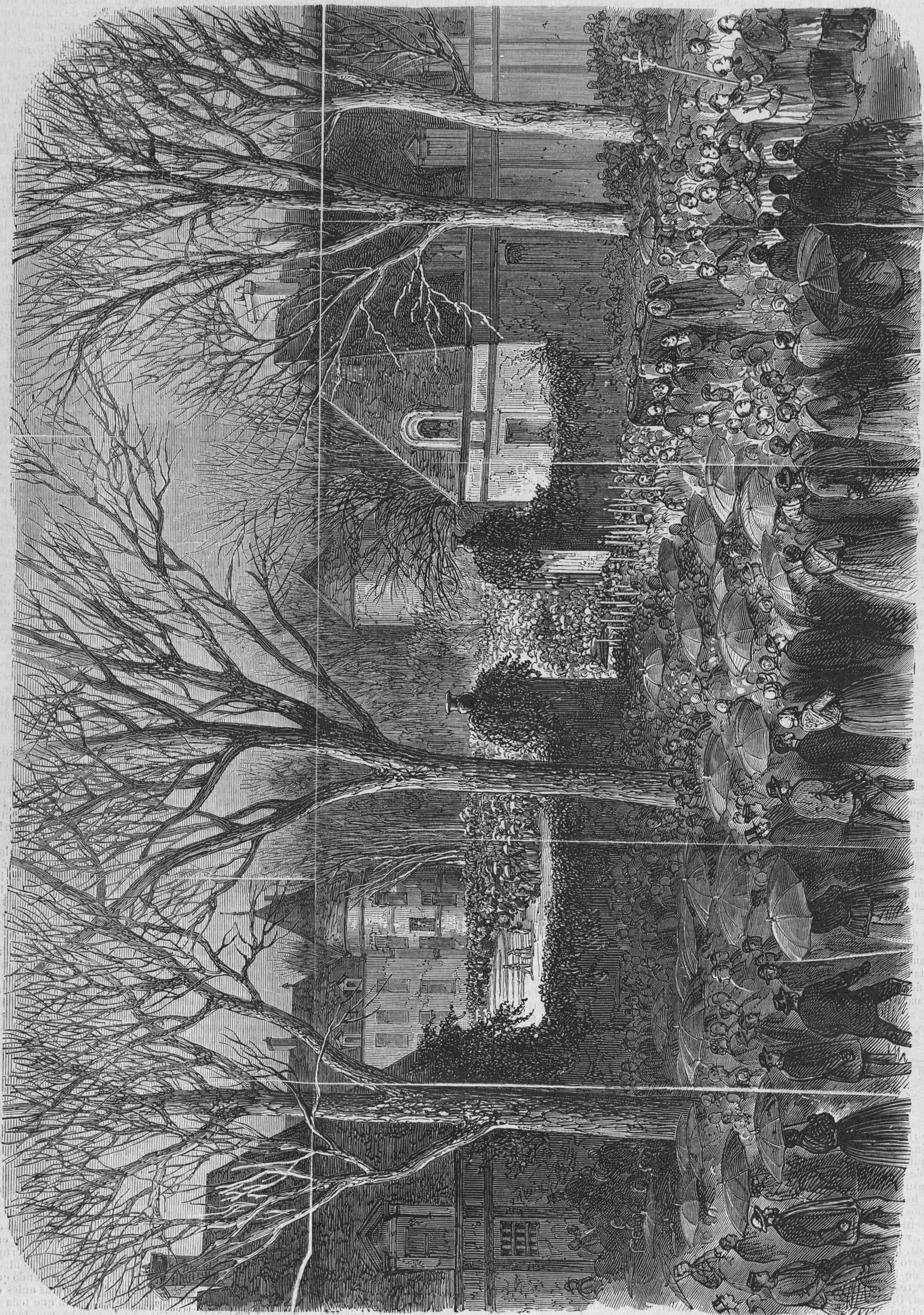
Supongamos, como caso imposible, el talento de Berryer en un duque ó un marqués; pongámosle en presencia de los diputados de entonces, conservadores inteligentes, de pretensiones un tanto mezquinas, de cálculos un tanto vulgares, y veremos con qué ironía dirán al noble orador que aboga por la libertad, la igualdad, el honor nacional: «— Te conocemos.»

En un orden mas modesto, que venga de las provincias un propietario, un desconocido, sin relaciones con las celebridades del foro de 1830, los Mauguin, los Sauzet, los Teste, los Dupin, los Cremieux, los Berville; supongámosle tan elocuente como Berryer, pero que se atreva á decir todo lo que Berryer ha dicho, y á la tercera frase, es seguro que le mandará callar el presidente.

Por último, figurémosnos un hombre absorbido en las luchas políticas y judiciales, de vida tan retirada que no sepa lo que se representa en el Teatro Francés ni lo que se canta en el Italiano; indiferente á la poesía, á la novela, á la literatura ligera, á las exposiciones de pintura, á los rumores del mundo artístico y literario; es seguro que habrá en París muchos lugares donde jamás penetrará su nombre.

¡Artista! Séame permitido insistir en este rasgo, porque es característico. Berryer fué principalmente un grande artista de convicciones políticas. Ningun hombre alcanzó nunca mas naturalmente el efecto sin buscarle, gracias á esa transformación repentina que se produce en ciertas fisonomías privilegiadas, cuando pasan del reposo á la acción y del silencio á la palabra. Aquí voy á fijar algunas imágenes lejanas. El yo es aborrecible, y sin embargo, no es posible prescindir de él cuando se trata de caracterizar al personaje que se está pintando: además, los pequeños, puestos en contacto con un ilustre, tienen de bueno que se borran. A mayor abundamiento esas imágenes antiguas tienen la ventaja de mostrarnos no ya al anciano encorvado, pálido, melancólico, aburrido con la exigencia de los marseleses, que habrían deseado que hablase todos los días, sino al Berryer de figura típica, en toda la fuerza de la edad, poderoso y elocuente.

La primera vez que le vi fué en 1834, en un magnífico día de verano en el Mediodía de la Francia. Algunos amigos y yo sabíamos que aquel día pensaba bajar el Ródano para ir á recibir en Aviñon y en Marsella esas ovaciones populares cuyo mérito principal consistía en contrariar al gobierno. Llegamos á tomar el vapor entre Valence y Montelimart, y el jefe de nuestro grupo nos presentó. Evidentemente, Berryer había contado con aquel día para descansar y recogerse, y viendo que tenía que entrar en escena tres ó cuatro horas antes de que levantaran el telón, sintió un disgusto que toda su cortesía no logró disfrazar. Yo le miraba con todo el fervor de un neófito, y al primer aspecto no me pareció ni grande ni hermoso. En vano buscaba yo las gran-



Exequias de Berryer. — La comitiva saliendo del palacio de Augerville.



A la reina no se toca.

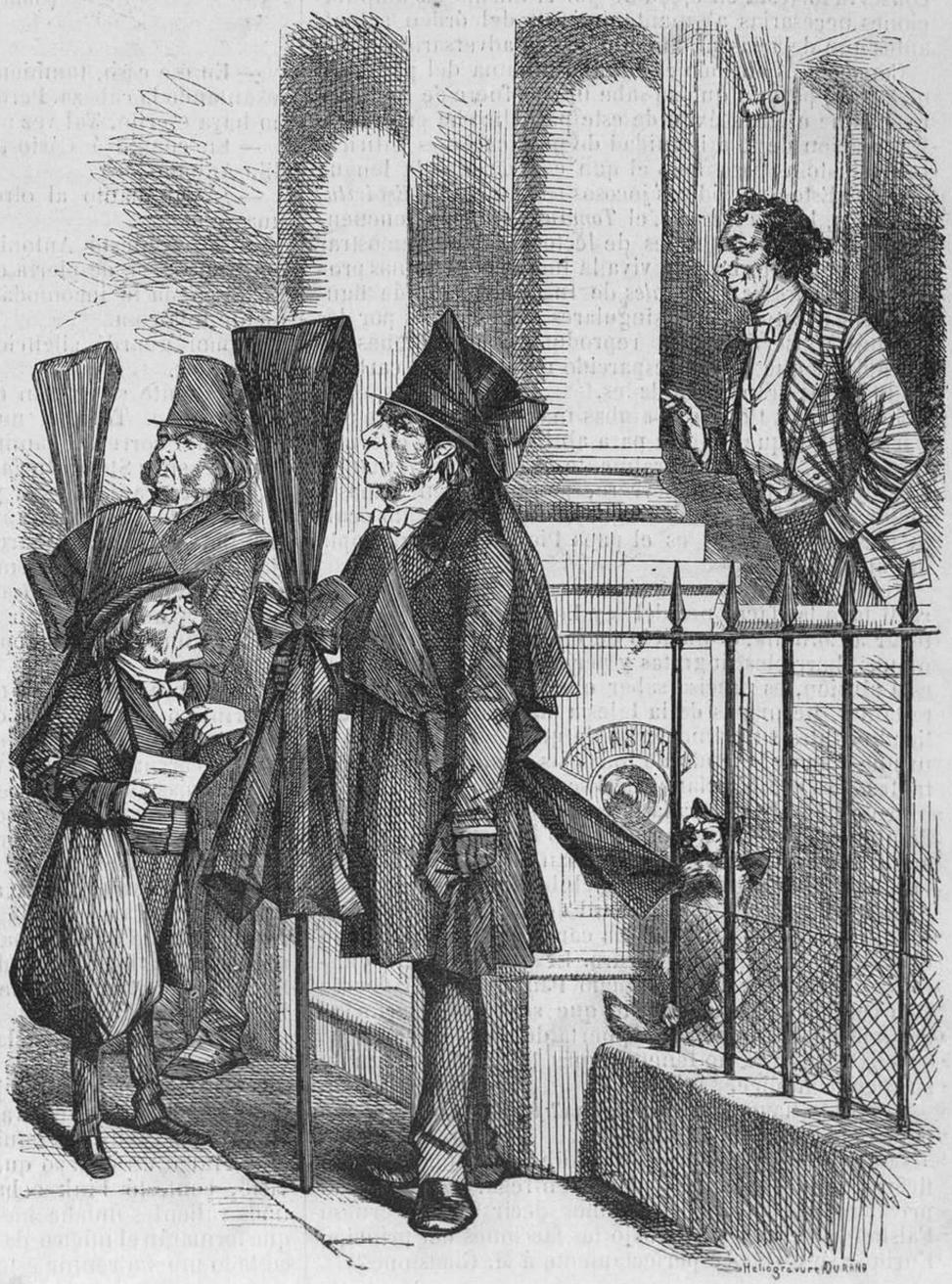


Los ladrones alegres.

LOS CARTELES ELECTORALES EN INGLATERRA.



La política barata.



Los sacamuertos chasqueados.

Caricaturas tomadas de los periódicos satíricos. — Will ó the Wisp et Judy.

des líneas de su frente medio cubierta con su gorra; vestía con descuido, carecía de brillo su mirada, y en todo su aire se advertía una vaga sensación de malestar y enojo. En suma, si no hubiera sabido que era él, jamás habría podido adivinar que estaba viendo al orador ma famoso de la época.

Algunas horas despues, un banquete que dieron á Berryer los legitimistas de la ciudad, nos puso de nuevo á su lado. Llegó el momento de los brindis, y Berryer, con su hermosa voz de timbre de oro, brindó por los Borbones.

A. DE P.

(Se concluirá.)

Las elecciones

DEL PARLAMENTO REFORMADO EN INGLATERRA.

(Conclusion.—Véase el N° 832.)

En su corta carrera trienal, la difunta Cámara de los comunes ha tenido un mérito que la historia imparcial la tendrá en cuenta. Cosa rara en las asambleas, ha tenido un día de heroísmo: no temió votar la abolición de los privilegios de la Iglesia anglicana de Irlanda, aunque se encontró frente á frente de un *non possumus*. Dicen los periódicos conservadores, que la reina de Inglaterra no puede aceptar una medida tan revolucionaria, puesto que en la ceremonia de su coronación, juró mantener intactos esos privilegios.

Sabiase antes de que tuviera lugar esta votación, que M. Disraeli respondería á ella con la disolución de la Cámara, y que el gran partido tory iría al poll, reforzado con la mas tenaz de las preocupaciones populares.

¿Lo que se llama *apelar al fallo del país*, no es una vana y gastada fórmula sin otro uso que el de poner en boca de los ministros algunas frases retumbantes?

Sin exageración puede decirse que el gobierno directo existe indirectamente en Inglaterra. Cuando disuelven el Parlamento, es casi lo mismo que si sometieran á los electores un plebiscito sobre la cuestión pendiente, con la diferencia de que al escrutinio precede una discusión muy seria.

En las elecciones de 1868, la piedra de toque de los candidatos era pues, de un extremo á otro de los Tres Reinos, la Iglesia de Irlanda. La cuestión puede considerarse como juzgada, aunque los tories no parezcan dispuestos á entregar las armas. Sin esto, M. Disraeli habría aceptado la tarea de coronar el edificio de la reforma parlamentaria, pues el gran principio del partido conservador está en ejecutar por sí mismo las amputaciones necesarias al mantenimiento del orden actual, antes que dejarlas al cuidado de sus adversarios.

Conocida es en todo el mundo la fama del periódico el *Punch*; pero lo que se sabe menos fuera de Inglaterra, es que el gran éxito de este periódico ha provocado la creación de una infinidad de publicaciones satíricas muy chistosas para todo el que conoce bien la lengua inglesa. Estos periódicos jocosos se llaman el *Espíritu*, el *Látigo*, la *Tía Micaela*, el *Tomawk*, etc., y se encuentran en manos de miles de lectores. Para demostrar hasta qué punto ha sido viva la lucha, deberíamos provocar las *Paredes electorales* de Inglaterra, donde figuran las caricaturas mas singulares patrocinadas por los comités conservadores y reproducidas á millones de ejemplares que se han esparcido en forma de carteles en todas las grandes ciudades.

John Bright tiene con ambas manos el mango de una herramienta que emplea para abrir un tronco enorme, formidable, que es naturalmente la Iglesia protestante. Gladstone, vestido de herrero, pega también á mas y mejor. En el fondo se distingue una cabeza medio oculta por un cortinaje: es el papa Pío IX que contempla la obra.

Figura verdaderamente interesante es la de M. Disraeli bajo las facciones del rey Lear, que trata de proteger á Cordelia, el modelo de las hijas, contra sus hermanas, horribles, ingratas y perjuras. Para comprender esta alusión, es preciso saber que todas las sectas protestantes, hermanas de la Iglesia anglicana, se han coaligado contra su primogénita, la que se representa á sí misma como el escudo de todas las confesiones protestantes. Los presbiterianos de Escocia han votado como un solo hombre contra la Iglesia hermana, los independientes, los cuáqueros han arrojado la piedra á la Iglesia anglicana de Irlanda. Hasta se han visto clergymen de la baja Iglesia presidiendo los clubs liberales que tanto daño hacían al corazón pastoral de los obispos.

También reproducimos una caricatura calcada sobre el *Enrique IV*, de Shakespeare. El innoble, pero chistoso Falstaff, especie de Sancho Panza, canalla de ese Don Quijote de mala especie que se llama el principe de Gales, está sentado á la puerta de una taberna.

—¿Con que ya no tenemos mas dinero? le pregunta su regio cómplice.

—¿No lo hay en la casa ajena? exclama el grotesco personaje.

Con efecto, para los conservadores, el quitar los beneficios á la Iglesia de Irlanda es entregar la propiedad privada al saqueo. ¿Necesitamos decir que el grueso Falstaff es Bright, y que bajo las facciones del principe Enrique se reconoce perfectamente á M. Gladstone?

Era imposible no invocar la sombra de Cobden, cuya llegada debia producir algun efecto en el país donde se han inventado los espectros del profesor Pepper.

Cobden sale pues del sepulcro para protestar contra las palabras del *Leader* de la Cámara de los comunes.

—No, exclama con una indignación bien expresada por el artista, este no es un modo de equilibrar el presupuesto.

Hé ahí el complemento de la caricatura precedente. Los artistas tories representan continuamente á Bright á la puerta de las tabernas, y sin embargo, es un hombre muy sobrio, pues su señora pertenece á una secta legumbrista ó *total abstainer* de las mas rígidas. Pero esto no perjudica en manera alguna á su popularidad ni á su reputación de hombre honrado. Le hemos visto representado con el disfraz de un mozo tabernero que quiere que la política salga barata, y está vendiendo tortas en las cuales hay escrito: *libre cambio, sufragio universal, republicanismo*.

Esta misma idea se ha aprovechado para otra caricatura que representa á la Gran Bretaña atada de piés y manos, y arrojada sobre un rail por los estranguladores.

La desdichada Bretaña ha sido aplastada por una locomotora llamada Revolución, locomotora que gobiernan dos hombres, el fogonero Bright y el maquinista Gladstone.

Pero todos estos esfuerzos de los artistas del gran partido tory no han detenido el carro del progreso, que segun la expresión de Courrier, rueda hoy por un llano. La última caricatura que ofrecemos á nuestros lectores, prueba cuánto ha contrariado el resultado de las elecciones al partido conservador. Unos *sacamuertos*, cuyas facciones se reconocerán fácilmente, se presentan en el ministerio con las cintas y accesorios necesarios para ejercer su oficio en Inglaterra. M. Disraeli se asoma á la ventana y les dice riendo:

—Os engañais, amigos míos, no hay ningun muerto en la casa.

Segun parece, quien se ha engañado es el gran partido tory. De veras hay un muerto en el ministerio; pero ¿se quedará en tierra ó volverá á la superficie del agua? Esto lo dirán los acontecimientos.

W. DE F.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

—En ese caso, también lo es para mí, repuso Leonor levantando la cabeza. Pero es muy extraño que M. Sturm no haya escrito. Tal vez no volverán mas ni uno ni otro.

—En cuanto á Carlos, yo os aseguro que volverá, dijo Antonio.

—¿Y en cuanto al otro? Me parece variable como una veleta.

—No, contestó Antonio, cuando tiene dificultades que vencer, se despierta en él toda la energía de su carácter. Nada le incomoda tanto como conseguir fácilmente una cosa.

Leonor guardó silencio y continuó trabajando con mas ardor.

De repente se oyeron en el patio de la granja voces de contento. Todo el mundo habia desertado de la mesa para correr al camino.

—El señor Sturm llega, gritó un mozo de la granja al pasar cerca de Leonor y Antonio.

Una bella comitiva atravesó la aldea para dirigirse al castillo. A la cabeza marchaban cinco ó seis hombres llevando un traje uniforme, que consistía en chaquetas gris, sombrero de fieltro de anchas alas levantadas por un lado y adornado con un plumero verde, sobre el hombro una ligera escopeta y al lado un cuchillo de marinero.

Iban seguidos por gran número de carruajes cargados: el primero estaba lleno de palas de madera, azadas, picos y carretones colocados con mucho arte y simetría. A estos carruajes seguían otros llenos de sacos de harina, de cajas, de fardos de ropa y muebles embalados. Cerraba la marcha un pequeño destacamento de hombres con uniforme gris, armados de la misma manera que los que iban á vanguardia. No lejos del castillo, Carlos y un extranjero se apearon del último carruaje. Se puso á la cabeza de la comitiva, hizo parar los carruajes delante de la fachada, formó á los hombres armados en dos filas, y mandó con cierto éxito: «¡Presenten las armas!» Detrás de la comitiva llegó Fink á caballo galopando.

—Sé bien venido, exclamó Antonio saliendo al encuentro de su amigo.

—Traéis con vos un ejército con armas y bagajes, dijo Leonor saludando graciosamente. ¿Entráis siempre en campaña tan bien equipado?

—Traigo un cuerpo que desde hoy está á vuestro servicio, contestó Fink echando pié á tierra. Estos son unos valientes muchachos, dijo dirigiéndose á Antonio, que formarán el núcleo de mis trabajadores. Pero nos ha costado mucho reunir este pequeño número. En el día

no hay brazos desocupados, y sin embargo, en tu país apenas se trabaja. Hemos tocado el bombo y enganchado hombres como unos verdaderos reclutadores. El trabajo por sí solo no les hubiera llamado la atención; pero las chaquetas grises y los sombreros de cazador les han trastornado la cabeza. Traigo también conmigo algunos antiguos soldados; tu húsar sabe pararlos y hacerlos marchar á la baqueta como si hubiera nacido general.

El baron y su esposa aparecieron á la entrada del vestíbulo. Bajo las órdenes de Carlos, los obreros rompieron en prolongadas aclamaciones; luego se retiraron de las inmediaciones del castillo y acamparon al sol.

—Mi jefe, aquí tenéis vuestros peones, dijo Fink despues de haber dirigido los primeros saludos al baron. Puesto que habeis tenido á bien concederme la hospitalidad, esto me ha dado el derecho de hacer algo por la seguridad de vuestro castillo. La alarma reina en toda la provincia. En Rossmün viven en un continuo sobresalto. La organización de vuestra milicia no ha pasado desapercibida á los ojos del enemigo y ha fijado su atención en vuestro castillo.

—Es un honor para mí, dijo el baron, disgustar á esos señores.

—Teneis razon, dijo Fink con finura mostrando su aprobación; pero por lo mismo vuestros amigos están mas obligados á velar por vuestra seguridad personal y la de vuestra familia. Sois en este momento apenas bastante fuertes para defender este castillo contra las ridiculas agresiones de los habitantes de vuestro dominio. Los doce hombres que he traído conmigo podrán formar una guardia útil. Tienen armas y casi todos saben manejarlas. Están sometidos á un reglamento pasablemente militar, que nos facilitará los medios de tenerlos sujetos. Todos los días deberán consagrar algunas horas al ejercicio y á patrullar, y si lo juzgais conveniente, establecerán relaciones regulares con las aldeas circunvecinas. Es natural que sea yo el que me encargue de vestir y mantener á mi gente; y por lo tanto he adoptado mis disposiciones para las primeras semanas. Tengo intención de levantar para ellos un sencillo edificio en el campo. Pero de aquí allá será necesario alojarlos todo lo mas cerca posible del castillo, y por esto os ruego que me concedais un alojamiento provisional para mis peones.

—Todo cuanto querais, querido Fink, exclamó el baron, arrastrado por el espíritu emprendedor de su joven asociado. Pondré á vuestra disposición toda la parte del edificio que creais necesaria.

—En ese caso, me tomaré la libertad de proponer, dijo Antonio, que se convierta una de las salas bajas del castillo en cuerpo de guardia. Encerrarán en él las armas y los útiles, y todas las noches se establecerá un reten de algunos hombres. En cuanto á los demás, se les colocará en el corral de la granja y así se habituán á mirar el castillo como un punto de reunion.

—Perfectamente, dijo Fink, siempre que el movimiento y ruido que esto ocasionará no moleste demasiado á estos señores.

—La esposa y la hija de un soldado, contestó el baron con dignidad, aceptarán con el mayor reconocimiento las medidas que se tomen en interés de su seguridad.

Todo el mundo se puso con afán á facilitar lo mas pronto posible el establecimiento de la nueva colonia. Se descargaron los carruajes, y los peones y obreros fueron alojados provisionalmente y del mejor modo posible en el corral de la granja.

La primera cosa en que se ocuparon los obreros fué en desembarazar los muebles de las arpilleras y la paja en que venían envueltos y llevarlos al aposento de su nuevo dueño. Los criados del castillo estaban en derredor de ellos y miraban con curiosidad el sencillo mobiliario.

Pero una pieza excitó tan gran sorpresa que Leonor también se acercó al grupo. Era esta un pequeño sofá de elegante forma. Los piés y los brazos estaban formados por las patas de un gran leopardo; los almohadones estaban cubiertos con la piel del mismo animal, de fondo amarillo oscuro, matizado de manchas negras de forma regular.

Para el respaldo y los lados, se habian trasformado en almohadones tres enormes cabezas de jaguar. La madera estaba reemplazada por el marfil artísticamente cincelado.

—¡Es hermoso! exclamó Leonor.

—Si este mueble os agrada, dijo Fink con aire indiferente, voy á proponeros un cambio. Hay en mi cuarto un pequeño diván en el cual se descansa tan cómodamente que tendria gusto en conservarlo. Permitid á estos hombres que depositen este leopardo en cualquiera otra pieza del castillo, y no me quiteis el diván.

Leonor no supo en el momento qué contestar á este lacónico ofrecimiento; se inclinó en señal de asentimiento sin proferir una sola palabra, y sin embargo quedó descontenta de sí misma por no haberse negado al cambio.

Cuando volvió á su habitación, encontró en ella el sofá en cuestión. Entonces se formalizó todavía mas, llamó á Ruska y al criado para hacer trasladar el mueble á otra pieza, pero los dos protestaron altamente contra semejante orden, pretendiendo que aquel soberbio leopardo en ninguna parte podia estar mejor colocado que en la habitación de su noble ama.

Finalmente, Leonor para evitar el escándalo, los puso á los dos en la puerta, y sufrió el cambio con paciencia. El esbelto cuerpo de Leonor iba ahora á reposar

encima de las pieles de jaguar que Fink había muerto en las selvas de América.

Los nuevos trabajos empezaron al día siguiente. El agrónomo se trasladó á los campos con sus instrumentos y marcó á cada uno de los obreros su tarea. Carlos procuró ajustar jornaleros en las aldeas alemanas y polacas. En el pueblo situado cerca del castillo se encontraron también algunos hombres de buena voluntad; al cabo de pocos días trabajaban en los terrenos arrendados una cincuentena de hombres.

Pero entre ellos había muchos aturridos y turbulentos, y los jornaleros de los pueblos vecinos acudían á sus tareas de una manera irregular. Sin embargo, el núcleo se mantuvo firme y la organización militar dió buen resultado, tal vez porque Fink y Carlos sabían tan bien uno como otro subyugar á su gente: Fink por su notable energía, y Carlos por el buen humor con que reprendía ó elogiaba.

Para dirigir los ejercicios militares, el guardabosque no se cansaba en salir de su desierto. El castillo estaba vigilado todas las noches por una guardia y se enviaban exactamente patrullas á los pueblos comarcanos. El espíritu belicoso no quedó limitado á los habitantes del castillo, sino que invadió todos los contornos alemanes.

Se formó pronto, entre los hombres de sombreros con anchas alas levantadas, un espíritu de cuerpo que facilitó el mantenimiento de la disciplina. No se pasaron muchos días sin que Fink se viera asallado por las demandas de hombres que acudían de todas partes, que deseaban ingresar en su guardia, y obtener, con uniforme y fusil, un salario y buena manutención.

— El cuerpo de guardia está arreglado, dijo Fink á Antonio: haz abrir nuevas aspilleras en los postigos del cuarto bajo.

Se soportaron en el castillo con nuevo valor todas las molestias del momento. El huésped de la familia de Rothsattel esparció por todas partes un ardor y una vitalidad desconocidas. La casa y la granja se resentieron de su presencia, y el guarda se enorgullecía por hacer los honores del bosque á un dueño semejante.

Fink estaba sin cesar en los campos con Antonio, que se habituó así como Carlos á consultarle. Compró dos hermosos caballos de tiro, según él decía para su propio uso y para trabajar en los prados; pero los empleó en el servicio de la familia, burlándose de su amigo cuando este abrió una cuenta particular á estos dos caballos y les fijó las horas de trabajo.

Antonio mismo se sentía feliz por tener á Fink á su lado; esto era para él como la renovación de los antiguos buenos tiempos y de aquellas veladas en que los dos jóvenes se entregaban juntos con tanto abandono á la conversación, pasando de los asuntos más triviales y divertidos á las más serias disertaciones.

Fink había cambiado mucho: se había vuelto más grave, ó para hablar con Antonio el lenguaje del escritorio, más sólido; pero se encontraba más dispuesto que nunca á servirse de los demás en provecho propio según lo exigieran las circunstancias del momento, y á ratar á todos los hombres como simples juguetes de sus caprichos.

Su energía era siempre la misma. Después de haber visitado por la mañana á sus peones y recorrido el bosque con el guarda, después de haber practicado por la tarde un reconocimiento á caballo en las cercanías infestadas de enemigos, á pesar de todo cuanto podía decirle Antonio para disuadirle; en fin, después de haber examinado al regreso los puestos establecidos en el dominio y lugares vecinos, sabía por la noche, al tomar el té con la baronesa, animar la conversación con su talento y sus ocurrencias, y se apercebía tan poco del tiempo transcurrido, que Antonio se veía obligado con frecuencia á hacerle señas para recordarle que las fuerzas de la señora de la casa no eran como las suyas á prueba de fatiga.

Fink dominó muy pronto y por completo al barón. No tenía la menor indulgencia con el humor atrabiliario que había llegado á convertirse en hábito para el desgraciado ciego: no le disimulaba la menor observación amarga ni la menor salida contra Wohlfart ó contra su hija, sin hacerle notar en seguida su injusticia. Obligó á M. de Rothsattel, á lo menos en su presencia, á imponerse una gran reserva.

Pero en revancha tenía con el barón condescendencias, de las cuales se aprovechaba él mismo. Había conseguido hacerle jugar una partida al whist obligándole á hacer pequeñas señas en los naipes, de modo que los conociera con el tacto. Hizo sentar también á Leonor á la mesa del whist y le enseñó la marcha del juego.

Se siguió de esto naturalmente que Wohlfart fuera llamado á tomar parte en el mismo. Fink ayudó de este modo al barón á matar el tiempo de una manera agradable, y gracias á él, su amigo pasaba ahora casi todas las veladas con la familia de Rothsattel. Antonio no podía pues acostarse cuando á Fink se le antojaba tener un rato de conversación antes de meterse en la cama, fumar un cigarro en sociedad y beber un vaso de ponche.

Las señoras del castillo fueron las únicas que no disfrutaron de las ventajas que la presencia de Fink produjo para todo el mundo.

La baronesa cayó enferma, ó más bien adquirió súbitamente una grave enfermedad, habiendo conversado alegremente con Wohlfart aquel mismo día y recibido por su conducto algunas cartas dirigidas al barón. Por la noche no asistió al té, pero el barón miró la indisposición de su esposa como pasajera, porque no se quejaba de otra cosa que de debilidad. El médico de Rosmin,

que se atrevió á salir de la ciudad para trasladarse al castillo, no supo cómo calificar aquella enfermedad. La baronesa rehusó sonriendo tomar cualquiera pocion, y hasta manifestó que estaba firmemente convencida de que aquel abatimiento no sería de mucha duración.

Para no condenar á su marido y á Leonor á permanecer á la cabecera del lecho de una enferma, atestiguó algunas veces el deseo de tomar parte en las soirées de familia; pero no pudiendo permanecer sentada en el sofá, se veía obligada á apoyar su cabeza en los almohadones.

De esta manera hacia compañía silenciosamente á los demás. Sus ojos se fijaban entonces con inquietud en el barón y en Leonor. Al fin, cuando los dos ocupaban su asiento delante de la mesa de juego, ella dejaba caer de nuevo su cabeza sobre los almohadones y parecía descansar de las fatigas de un penoso trabajo.

Antonio manifestaba á la enferma un vivo interés. Todas cuantas veces estaba sin jugar, no se olvidaba de acercarse al sofá y ponerse á la disposición de la baronesa. Tenía una satisfacción cuando podía presentarle un vaso de agua, ejecutar alguna orden suya ó prevenir sus deseos. Encontraba cierto encanto en contemplar los nobles y bellos rasgos de su fisonomía. Reinaba entre los dos una especie de tática inteligencia, hablándole todavía menos que á los demás.

Cuando en presencia de su marido tomaba la palabra con calma y serenidad, y seguía con la vista y la imaginación las narraciones de su huésped, no hacía ningún esfuerzo para ocultar á Antonio su debilidad. Luego se replegaba sobre sí misma, ó paseaba indiferentemente la vista á uno y otro lado, ó bien cuando miraba á Antonio lo verificaba con la tranquila confianza que se tiene depositada en una persona de la casa á la que nada se oculta.

Tal vez esto era debido á que la baronesa sabía apreciar perfectamente su excelente carácter; tal vez también, porque desde el día en que había aceptado sus servicios hasta aquel momento, le había considerado siempre como un adicto servidor. Pero aun cuando nuestro héroe se hubiera apercebido del lugar subalterno que le reservaba en su espíritu, esto no hubiera alterado su caballeresco afecto por la noble castellana.

Tal como era en sí, le parecía perfecta, y como una de esas imágenes á cuyo lado el corazón recobra la tranquilidad. No podía desembarazarse de la sospecha que alimentaba en silencio, de que una influencia exterior, tal vez una de las cartas que él mismo le había entregado, podían tener una parte no pequeña en la alteración de su salud. El sobre de una de aquellas cartas, escrito con temblorosa mano, tenía una siniestra apariencia, y Antonio tuvo una especie de presentimiento de que debía contener malas nuevas.

Una noche en que estaban todos sentados á la mesa de juego, la cabeza de la enferma se deslizó de los almohadones; Antonio se apresuró á levantarlos; la baronesa volvió á colocar la cabeza en ellos con algún trabajo, y dirigiendo á Antonio una mirada llena de reconocimiento, le dijo en voz baja cuán débil se sentía.

— Deseo una vez todavía hablarlos á solas, continuó después de una pausa y levantando los ojos con una expresión de tristeza que afectó vivamente á Antonio. En este momento no, pero será muy pronto.

Ni el barón ni Leonor participaban de la inquietud de Antonio.

— Mi madre ha padecido ya esos desfallecimientos, dijo Leonor, y la suave temperatura del estío ha sido su mejor medicina; espero que el buen tiempo le devolverá la salud.

La misma Leonor estaba demasiado preocupada para fijar mucho la atención en las personas que la rodeaban. Ella también estaba muy cambiada. Por la noche con frecuencia permanecía muda en la mesa del té y otras veces manifestaba una loca alegría. Huía tanto de Antonio como de Fink. En presencia de uno y otro se sentía violenta y confusa.

Su floreciente salud estaba algo decaída, en disposición de que la baronesa, la hiciera salir muchas veces de su habitación para que fuera á tomar el aire. Entonces Leonor hacía ensillar su poney, iba sola á galopar horas enteras por el bosque, y acababa por no apercebirse de que su corcel regresaba á la granja sin aguardar la orden de su ama.

Antonio advirtió con tristeza este cambio y comprendió que no se encontraba con Leonor en el buen predicamento que antes, pero evitó toda explicación con ella sobre este particular, y encerró en su corazón el sufrimiento que esto le causaba.

En un bochornoso día del mes de mayo, en que sombrías nubes aparecían suspendidas sobre el bosque, y en que el sol despedía sus abrasadores rayos sobre la desecada tierra, el hombre que había sido enviado como explorador á los pueblos vecinos, volvió azorado al cuerpo de guardia del castillo y anunció que había gente extraña acechando en el bosque de Kunau, y que los habitantes de este último punto deseaban saber lo que debían practicar en semejantes circunstancias.

Fink hizo dar la señal de alarma á los obreros y envió mensajeros al guardabosque y al colono. Mientras los trabajadores transportaban sus útiles al castillo y los mozos de la granja regresaban de los campos con sus atalajes y se preparaban á tomar las armas, un jinete de Kunau llegó á toda prisa para avisar que una partida de polacos había hecho una irrupción en una granja del pueblo, y que los aldeanos solicitaban auxilio.

Todos los hombres estaban animados por esa agitación belicosa que provoca una alarma, presagio de algún acontecimiento extraordinario.

— Quédate con algunos trabajadores, dijo Fink á Antonio, y encárgate de la custodia del castillo y de la aldea. Envía en seguida á Kunau al guardabosque con la milicia del castillo; yo tomaré la delantera con el mayordomo y los mozos de la granja.

Corrió á la cuadra y ensilló su caballo, mientras Carlos sacaba el de montar del barón.

— Mirad esas nubes, señor Fink, dijo Carlos; llevaos la capa, porque va á haber tormenta. Esta noche la lluvia hará brotar grandemente nuestra avena.

Fink pidió que le condujeran á mano el caballo, y la pequeña columna se dirigió en seguida hacia Kunau.

Cuando llegaron al lindero del bosque sintieron un calor sofocante. El paso rápido de los caballos no pudo disipar la sensación desagradable que experimentaron.

— Observad la inquietud de nuestras caballerías, exclamó Carlos; mi caballo endereza las orejas; en el bosque hay alguna cosa.

Los jinetes se detuvieron.

— Por la espesura se adelanta alguien al trote. ¿Oís el ruido entre las ramas?

El caballo que montaba Carlos volvió la cabeza hacia el lado del bosque y relinchó arduosamente.

— Es alguno de los nuestros, dijo Fink señalando al caballo.

Las ramas de la espesura se abrieron; Leonor llegó montada en su poney y cerró el paso á los jinetes.

— Alto. ¿Quién vive? gritó riendo.

— ¡Mil bombas! es la señorita Leonor.

— ¿Santo y seña? gritó Leonor con aire marcial.

Fink se adelantó, hizo un saludo militar, y dijo en voz baja:

— ¡Mil rayos! si no me engaño es Augusta de Blassewitz.

Leonor se ruborizó y dijo riendo:

— ¡Adelante! soy de la partida.

— Naturalmente, exclamó Fink.

— ¡Vamos, adelante!

El poney puso en movimiento sus piernas para alcanzar el paso del gran caballo que montaba Fink. Cuando llegaron á Kunau, se detuvieron delante de la casa, inmediata á la cual estaba formada la milicia en orden de batalla.

El forjador en su calidad de comandante, les salió al encuentro mostrándose muy inquieto.

— Los individuos que están en nuestro bosque, gritó, son unos condenados bribones. Hoy al medio día, una partida de diez polacos armados con fusiles ha llegado á la granja de Leonardo, cerca del bosque. Después de haber ocupado las puertas, el jefe de la partida ha entrado en la sala donde todos estaban precisamente comiendo. Ha pedido dinero y el buey que había en la cuadra. Tenía el aspecto de un verdadero diablo; llevaba un fusil muy largo, una pluma de pavo real en el sombrero y en su uniforme solapa encarnada. Como el cortijero rehusaba entregar el dinero que le habían pedido, le han hecho arrodillar para fusilarle; entonces su mujer, asustada, ha corrido á un armario y les ha arrojado un taleguite con dinero. En seguida esos merodeadores se han llevado el buey y cuatro gansos, volviéndose al bosque con su botín. Han dejado en la granja como guardas de vista cuatro hombres armados hasta los dientes para impedir que nadie saliera antes de que sus compañeros llegaran al bosque con su presa. Finalmente, dos de esos bribones han descargado sus armas hacia el techo, y los otros cuatro también han huido. El techo había empezado á arder, pero nosotros hemos apagado el fuego felizmente.

— Lo malo que hay es el mucho tiempo transcurrido, dijo Fink; los tunantes deben estar ya muy lejos.

— No lo creo así, contestó el forjador. Yo he hecho salir en seguida á Leonardo con nuestra gente montada hacia la frontera para estar en acecho de esos tunantes cuando salieran del bosque, y no hace todavía dos horas que una mujer de Neudorf, que estaba en él, ha visto polacos apostados en la frontera del lado de Neudorf, precisamente en el mismo límite, debajo del antiguo roble. Tenían consigo una bestia, y en su turbación, la mujer no ha podido distinguir si era una vaca ó un perro. Si era un buey, yo creo que los villanos más bien se lo habrán comido que no lo habrán llevado. Yo vengo ahora de Neudorf cuyos habitantes están como nosotros sobre las armas. Podríamos hacer una batida en el bosque, si vuestras gentes nos ayudan por su parte, y si teneis á bien conducirnos.

— Está muy bien, dijo Fink. Vamos, pronto, manos á la obra.

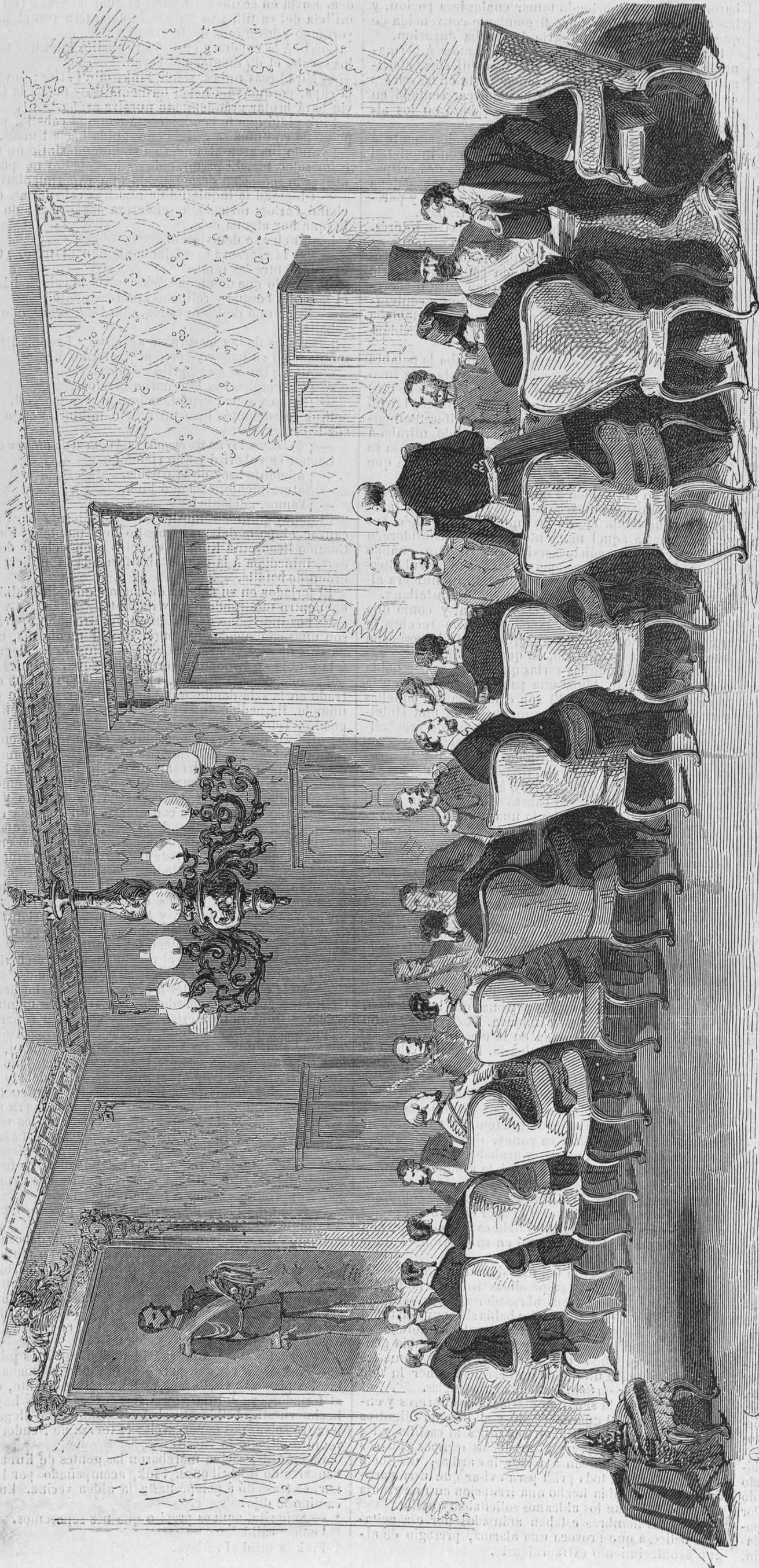
Envió un mensajero al encuentro del guardabosque, para que los hombres del castillo se pusieran también sobre la marcha á dar caza á los bribones. Concertó en seguida con el forjador hacia qué lado se dirigirían los habitantes de Kunau. En cuanto á Carlos le mandó en seguida con los mozos de la granja á reunirse con la caballería de Kunau, del lado opuesto al en que se daba caza á los merodeadores.

— No tengais ninguna consideración con esos pillos, dijo Fink á Carlos, que partió dando una palmada sobre las pistolas que llevaba en el arzon. Adelante, dijo al forjador, yo mismo voy á Neudorf. Cuando hayais hecho vuestra batida en el bosque antes de llegar á nuestra selva, nos aguardareis; la fuerza de Neudorf se reunirá allí con la vuestra.

En esta disposición marcharon las gentes de Kunau á vengarse de los bribones. Fink, acompañado por Leonor, se trasladó á galope hasta la aldea vecina. En el camino le dijo:

— Señorita, aquí es preciso que nos separemos, Leonor calló.

Fink la miró al soslayo.



RUSIA. — Comision internacional reunida en San Petersburgo para examinar la cuestion del empleo de las balas explosibles en la guerra.

— Yo no creo, continuó, que esos tunos nos den el gusto de esperar nuestra visita en el bosque, y si quieren evadirse, trabajo tendremos para impedirlo, porque se acerca la noche. Pero esta caza es un ejercicio que no dará buen resultado respecto á nuestras gentes, y que no puede menos de sernos útil.

— En este caso yo tambien iré al bosque, dijo Leonor con ademan resuelto.

— No es necesario, contestó Fink. Yo no abrigo ningun temor de que corrais peligro.

(Se continuará.)

Las conferencias

DE SAN PETERSBURGO.

Sabido es que hace algunos meses el gobierno ruso dirigió á las principales potencias militares una circular en la cual les pedia, en nombre de la humanidad, que se pusieran de acuerdo para prohibir el empleo de balas explosibles en la guerra. La mayor parte de las potencias aceptaron la proposicion y nombraron delegados para que examinasen juntos la cuestion: únicamente se negó el gobierno de los Estados Unidos, contestando que queria reservarse la facultad de hacer la guerra á su gusto y empleando los medios que pudiesen convenirle.

Sin embargo, la comision internacional se reunia en San Petersburgo y excepto la Confederacion americana, la España y la Grecia, todos los Estados militares de alguna importancia se encontraron allí representados. Esta comision que nuestro grabado figura celebrando una de sus sesiones, ha terminado hoy sus tareas, ó poco menos, y, segun las noticias que han llegado á nuestro conocimiento, propone la prohibicion de todo proyectil explosible cuyo peso pase de 400 gramos. Se sobreentiende que no se trata aquí de las bombas, granadas y demás proyectiles de artilleria; sino únicamente de las balas lanzadas por las armas portátiles y empleadas exclusivamente contra el hombre.

Apenas se ha dado á conocer este resultado cuando ya surgen por todas partes las objeciones. ¿Qué habrian respondido nuestros padres, dice *el Times*, si les hubiesen propuesto la prohibicion del empleo de la pólvora, bajo el pretexto de que las lanzas, las espadas y las flechas hacian ya bastante daño? Y el diario inglés concluye diciendo que seria preciso que la Inglaterra hubiese perdido todo amor á sus intereses para ratificar las conclusiones de la comision.

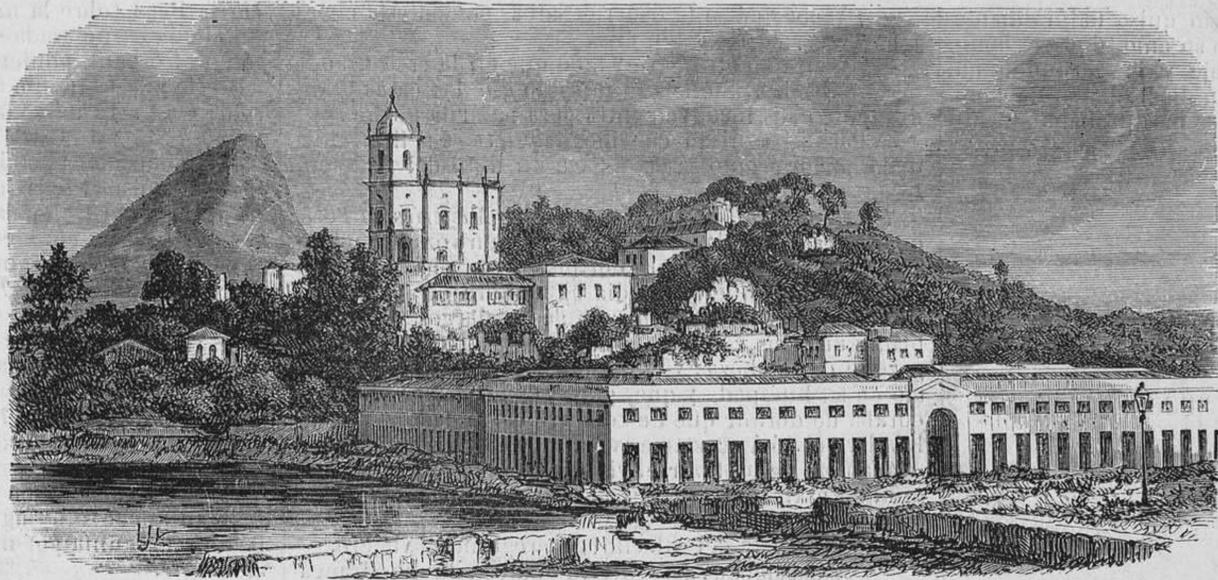
Para concluir de una vez con los horrores de la guerra, lo que seria menester abolir, no es tal ó cual instrumento perfeccionado, sino la injusticia de los fuertes y poderosos; la ambicion y el espiritu de conquista que les induce á atacar á los débiles y á los oprimidos; verdaderas y únicas causas de ese azote, el mas espantoso de los que afligen á la humanidad. P. P.

Rio-Janeiro.

(Continuacion.— Véase el N.º 832.)

Por regla general, el que quiera estudiar las costumbres de un pais, que visite los mercados, pues en ellos la poblacion aparece con su verdadero aspecto. Examinemos, pues, el mercado de la Gloria; uno de los que atraen mas chalanes; pero el que tema las picaduras de los insectos, ya puede alejarse á toda prisa.

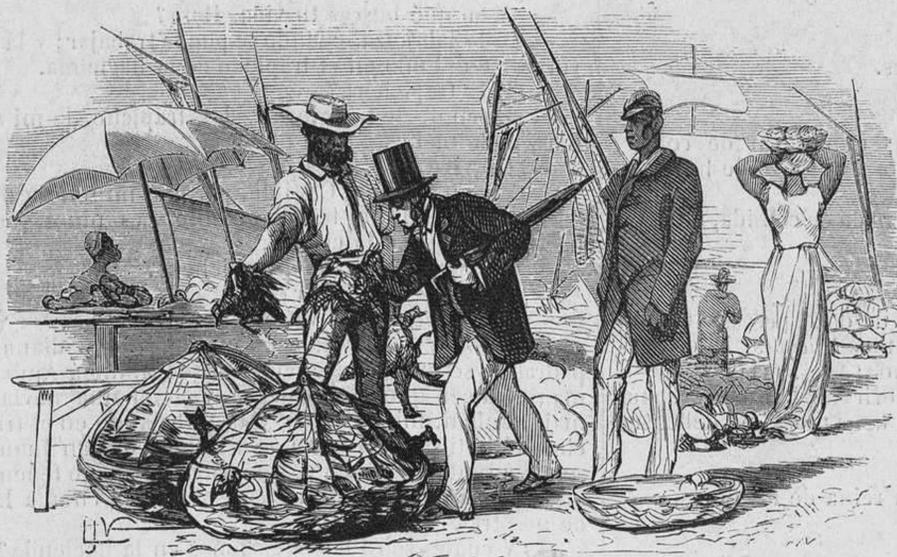
Los negros pululan en el mercado de la Praya, como se ve en nuestros dibujos, y se reúnen á la hora de la comida. Tambien se encuentran en Rio individuos de la raza amarilla, algunos chinos, en su mayor parte honrados mercaderes, que llegan á veces á disfrutar de cierta fortuna amontonando reis sobre reis. Varios de estos infelices son nietos de chinos que llegaron al Brasil con ánimo de cultivar especialmente plantíos de té; el té ha desaparecido y el chino ha quedado. ¡Que la sociedad



RIO-JANEIRO. — El mercado de la Gloria.

zoológica de aclimatacion saque sus conclusiones!

En punto á curiosidades, una de las mas interesantes es un vasto acueducto que se asemeja mucho al célebre puente del Gard; pero lo que es mas digno de llamar la atencion es el torrente de Tijuca, en las inmediaciones de Rio. Biard, el dibujante humorista ha hecho un bonito cuadro en el que representa las aguas de este torrente que siguen las rampas de una montaña y se precipitan cubiertas de espuma, de peñasco en peñasco.



Vendedores de gallinas en el mercado de la Praya.



Vendedores de hortalizas y de pescado.

Pero volvamos á Rio y á sus habitantes.

¡La lotería! Hé aquí una de las grandes seducciones que les ofrecen. Ante la suerte, blancos y negros tienen iguales derechos; amos y esclavos se precipitan con afán en los despachos de loterías. Es un furor para tomar billetes. En todas partes al pueblo le domina alguna pasión: en el Brasil la de la lotería puede considerarse como una de las principales.

Los números premiados cuando cambian de un minuto á otro la po-



Negros comiendo en el mercado de la Praya.

sición de pobres diablos y trasforma en pequeños capitalistas á desdichados que se morían de hambre, esparcen en el pueblo una especie de fiebre. Estos golpes de la rueda de la fortuna suelen traer en pos de sí alguna desgracia. Sabido es que la fortuna parece complacerse en huir del que se obstina en perseguirla, y suele ir á buscar inmediatamente al principiante.

He visto á un criado francés que dias despues de su llegada ganaba á la lotería cin-



Receptáculo de las aguas del Tijuca.

cuenta mil francos. El temerario quiso naturalmente probar de nuevo la suerte; pero su amo, que era hombre prudente, le tomó un pasaje y le encaminó en derecha a su patria. Quizá un día lo hallaremos en Baden, ó en la Bolsa, ó lo que es mas probable, en alguna antesala haciendo de criado. R. C.

(Se continuará.)

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

«Los cuadros de costumbres no se inventan, sino se copian.»

I.

LA POSADA DE MAL-ABRIGO.

Eran las seis de la tarde, y á la luz del crepúsculo se alcanzaba á divisar por debajo de las ramas de un corpulento guásimo, una choza sombreada por cuatro matas de plátano que la superaban en altura. En una enramada que tocaba casi el suelo con sus alares, se veía una hoguera, y al rededor algunas personas y un espectro de perro, flaco y abatido sobre sus patas. Al frente de la enramada acababa de detener su mula viajera un caballero que entraba al patio, seguido de su criado, y de un arriero que conducía una carga de baules. Del centro de este segundo grupo salió una voz que decía:

— ¡Buenas noches les dé Dios!
— Para servirle, contestaron los de la enramada.
— ¿Que si nos dan posada?
— La casa es corta, pero se acomodarán como se pueda. *Entren para mas adentro.*

— ¡Dios se lo pague! contestó el arriero, comenzando á aflojar la carga de la jadeante mula.

El caballero se desmontó, y tendiendo su pello Colorado sobre un grueso tronco sustentado por estacas y emparejado con tierra, se sentó; mientras el arriero desenjalmaba y recogía el aparejo, y el criado arrimaba las maletas contra la negra y hendida pared de la choza, salió de la cocina una mujer de enaguas azules y camisa blanca, en cuyo rostro brillaban sus ojos bajo unas pobladas cejas, como lámparas bajo los arcos de un templo oscuro; y dirigiéndose al viajero, le dijo:

— ¿Por qué no entra?
— Muchas gracias... ¡está su casa tan oscura!
— ¿No trae vela?
— ¡Vela, yo?

— Pues vela, porque la que hay aquí, quién sabe dónde la puso mi *máma*; y á oscuras no la topo. Y si la dejan por ahí, harto dejarán los ratones. ¡Conque se comen los cabos de los machetes, y hasta nos muerden de noche! Pero si tiene tantica paciencia, voy á sacar luz para buscarla.

Ya tenían arrimados los baules los compañeros del viajero, cuando salió la casera de la cocina con un bagazo encendido. El bagazo seco y deshinchado (la vela de los pobres) era como una hoguera, y á su luz brillantísima pudo nuestro viajero examinar la mezquina fachada de la choza y la figura de la patrona. Era esta de talla delgada y recta, de agradable rostro y piés largos y enjutos; sus modales tenían soltura y un garbo natural, como lo tienen los de todas las hijas de nuestras tierras bajas.

Cuando la vela, con gran pesar de los ratones, estuvo alumbrando la salita, los criados introdujeron los trastos; y sobre la cama que el page había formado con el pello y las ruanas, se recostó el viajero fumando su cigarro, y lamentándose por intervalos del cansancio y del estropeo.

— ¡Hombre, José, qué caminos! decía á su criado que ya se había recostado también sobre la enjalma; ¡si tú vieras los de los Estados Unidos! ¡Y las posadas de allá; eso todavía! Estoy todo desarmado aquí donde tú me ves. ¡Qué saltos, qué atolladeros! No creía llegar vivo á esta magnífica posada.

— Y en esas tierras que sumerced mienta, ¿no son caminos provinciales y nacionales como los nuestros?
— ¿Como estos? Allá va volando uno en un tren que lleva todas las comodidades de la vida civilizada.

— Pero la *Pólvora* en que sumerced bajó el monte, es superior para los viajes. Tiene un paso trochado, y un modo de bajar los escalones y de atravesar los sorbederos... Y recuerde sumerced que un mero día desde Bogotá hasta aquí.

— ¡Un día! Allá hubiéramos hecho en una hora esta misma jornada, y no á saltos y *barquinazos*, como tú dices, sino acostado sobre cojines.

— ¿Conque qué tal le va? preguntó el arriero á su patron, entrando á colgar los cabezales de las bestias.
— Ya puedes suponer... y tú, ¿de dónde vienes?

— De manejar las mulas y esconderlas; porque como dice el dicho, «mas vale contarles las costillas que los pasos.» Y por lo que hace á mi acomodo, yo en cualquier parte quedo bien. Pienso dormir debajo del alar sobre la enjalma, porque adentro no cabíamos los tres, con *nuá* Estefana, su familia y sus cluecas.

— ¿Y por qué se te ocurrió llamar posada esta choza y hacerme pernoctar en ella?

— ¿Y en qué otra parte? Solo que en la casa grande de la Soledad... Sumarced me dijo que las casas grandes tenían sus inconvenientes para pasar la noche.

— Pero si aquí ni cabemos siquiera. En fin..., una mala noche pronto se pasa. Saca un libro del maletón, José.

Y tomando el segundo tomo de los *Misterios de París* que le trajo su criado, empezó á leer en voz alta, mientras su perro y su arriero dormían á sus piés. El perro de Terranova, que respondía al nombre de Ayacucho, no había hecho el menor caso de los largos y destemplados aullidos con que lo había recibido el moribundo gozque de la choza; y este viendo el profundo desprecio de su huésped, y que, gordo como estaba, mas se curaba de dormir que de comer, dejó de temer la rivalidad y volvió á acostarse cerca del fogón.

Acababa de bostezar el viajero, viendo en su reloj de oro que eran las ocho, cuando entró la jóven casera de paso para su alcoba.

— ¿Y qué hay del cafecito? le preguntó el viajero.
— ¿Cuál cafecito? le contestó ella con la mas franca admiración.

— El de mi cena.
— ¿Luego Vd. cena?
— Por de contado.
— ¿Trajo de qué hacerle? ¿Tiene algo en esos baules?
— Sí: los libros y la ropa.
— ¿Eso merienda, pues?
— No, lo que tú me prepares.
— ¿Y si no hay nada?
— ¿Cómo?
— Que en estos caminos hay que llevar de comer, porque no se encuentran las cosas al gusto de los pasajeros.

— Yo no acostumbro cargar nada de comida, mi hija.
— Pues entonces, aguante.
— ¿Y llevando condores?
— ¿Qué son condores?
— Monedas de oro del valor de doce pesos y medio.
— ¿Y con qué pagábamos tantos *trueques*? Ni con todo lo que tenemos en el rancho. ¡Ave María!
— Y entonces, ¿me dejas morir de hambre despues de criado? Tú que siendo tan buena moza, no debes ser inhumana... ¿Cómo te llamas?
— Rosa, una criada suya.
— Y mucuo ments siendo la reina de las flores.
— Nada.
— ¿Y no te compadeces?
— Solo que se conforme con lo que hay.
— De mil amores.

Continuó leyendo el viajero, mientras Rosa se fué á reanimar el fuego, tomando nuevas y urgentes providencias, poseída de sentimientos humanitarios, y de algo mas, porque el viajero le inspiraba un si es no es de cariño.

Iba el lector en un pasaje interesante, cuando fué interrumpido por Rosa, la que poniendo un pié en el extremo de la barbacoa, levantó el otro con destreza y agilidad, para alcanzar á cortar un pedazo de carne de la pieza que colgaba de una vara suspendida con cuerdas del techo, y con la necesaria interposicion de tolmus y tarros que garantizan de ratones. Si al viajero había parecido Rosa, dándole posada, una mujer bondadosa, ahora suspendida de un pié en la punta de una barbacoa, los brazos alzados y el cuerpo lanzado en el aire, advirtió que era elegante de cuerpo; y en aquella postura, y recordando que estaba ocupada en su servicio, le pareció el ángel del socorro.

— ¿Siempre me favorecerás, Rosa? le dijo.
— ¿No ve? para su cena... dijo mostrándole el pedazo de carne, y dando un salto ágilmente, corrió á la cocina.

Continuó la lectura durante otra hora; y cuando los bostezos del amo, del criado y del perro se respondían como el eco en las bóvedas de una cueva, entró Rosa con una servilleta del tamaño de un pañuelo, á tenderla sobre una cajita, cerca de un baul, y el viajero le preguntó:

— ¿Qué noticias tenemos, Rosa?
— ¿No ve ya la mesa puesta?
— Bien, bien. Si es el primer repique, procura que no tarden los otros dos.

— Aflojese tantico, si está apretado. ¿Y quién le manda ser descuidado y darse mala vida? Ya ve, los pobres lo primero que prevenimos es la comida cuando viajamos; porque si uno se muere, ¿de qué sirve la planta?

— No te detendré con objeciones, porque tienes mucha razon, y además los momentos son preciosos.

Otro capítulo del libro fué leído en el intermedio siguiente, y al cabo volvió á aparecer Rosa trayendo una taza vidriada, no muy limpia por de fuera.

— ¿Qué me traes, Rosa? preguntó el viajero sentándose en su barbacoa.

— Es el ají... ¿Usted no se pica?
— De tí es que estoy medio picado. Ven acá, graciosa negra. Siéntate y conversemos.
— ¿Y la cena?

— Todo es secundario en tu presencia. Tienes un aire, una gracia y unas miradas que consuelan.
— ¿Entonces no le traigo de cenar? Con que yo lo mire tiene bastante.

— Pues no es malo que me traigas algo. Quisiera que me hicieras la visita, porque tu conversacion me encanta; pero en fin, tú lo verás.

Cuando esto dijo el viajero, ya Rosa había salido para presentarse de nuevo como el verdadero ángel del so-

corro. Puso sobre la mesa una taza y un plato de palo que tenía carne asada de apetitoso olor, y luego se sentó en otro baul, poniéndose la mano en la cintura.

— Me gusta que me acompañes. Yo no puedo comer solo; y así será mi cena mas sabrosa. ¿Y qué potaje tenemos?

— ¿Como no es potaje, sino mazamorra!
— ¡Exquisita! exclamó el viajero así que la probó; y no volvió á atravesar palabra hasta agotar la taza.

— Esta carne también está buena, dijo Rosa.
— Pues ahí verás que no me gusta tanto. Tiene un olorcillo... ¿De qué es?

— ¿Para qué quiere saberlo?
— Ya se ve. Lo que importa es matar á quien nos mata. ¡Qué buena cena! Ahora se me ocurre una cosa: tú me cuidas, y ni siquiera sabes cómo me llamo.

— ¿Eso qué le hace?
— ¡Oh! de esto sucede mucho en la Nueva Granada. Mil gracias, Rosa.

— Que le haga buen provecho.
— Te quedo muy agradecido. Mira, cuando vayas á Bogotá, pregunta por mí, que tendré mucho gusto en atenderte.

— Mi hermano Julian es el que viaja, y algunas veces mi madre. A la primera ocasion yo les diré que vayan á la casa de usted.

— ¿Y vives contenta entre estos montes?
— ¿Y si no? El que es pobre...

— ¿Y en qué buscas tu vida, Rosa?
— En la labranza, cuando se puede trabajar; y la mayor parte del año en el trapiche de la hacienda.

— ¿Eres trapichera?
— Sí, señor, de la Soledad, del trapiche de mi amo Blas, nada menos.

— ¿El, vive solo?
— Con mi señorita Clotilde, porque mi señora no se amaña, ni le hace el temperamento. Los niños suelen hacer sus viajes á la ciudad.

— ¿Te gusta el oficio de trapichera?
— ¿Y qué se va á hacer?

— ¿Y quiénes mas viven aquí contigo?
— Mi madre, yo, Julian y Antoñita, la mediana. Mi padrastro se murió hace poco; Matea se fué á Ambalema; y dicen que está calzada y como una novia de maja! Julian, mi hermano, está trabajando en el trapiche del Retiro, y no viene á casa sino por San Juan, la semana santa y la nochebuena. Otro hermano tenemos, que trabaja en la Soledad; pero ni caso ni cuenta hace de nosotras.

— ¿Y cuáles son tus obligaciones en la hacienda?
— Pagar ocho pesos por año y trabajar, una semana si y otra no, en el oficio del trapiche.

— ¿Y qué tal es tu señora Clotilde?
— Buena con nosotras; y muy chusca que es la señorita.

— Y en la parroquia ¿hay algo que sirva?
— ¡Ave María! Pues la niña Manuela... que es lo que hay que ver. Pero, tanto he hablado con Vd., y hasta ahora no me ha dicho su gracia, es decir, cómo se llama.

— Yo me llamo Demóstenes, un criado tuyo, contestó el caballero haciendo una cortesía.

Seguramente don Demóstenes, por el hábito de no acostarse sino de las doce para adelante, estaba desvelado en esa noche. Por lo que hace á Rosa, como buena trapichera, estaba acostumbrada á trasnocharse; y en esta disposicion análoga, eran ya las diez, y todavía conversaban como dos novios. Don Demóstenes, complacido con la ingenua y sencilla charla de Rosa, y esta, contenta de interrumpir su acostumbrado aislamiento y soledad, hablando con un pasajero de agradable conversacion.

La madre y los hermanitos hacia rato que dormían en la alcoba inmediata; al fin se retiró Rosa, llevando en la mano el bagazo encendido. Don Demóstenes apagó su vela y se preparó á dormir en su movediza barbacoa.

Mas cuando esperaba el reposo y el sueño bienhechor debido con tanta justicia al mal parado viajero, este en vez de conciliar el sueño, no hacia sino moverse y agitarse en su cama, sintiendo mil picadas en todo su cuerpo. Largo rato luchó con aquel tormento desconocido, hasta que por fin, agotada la paciencia, llamó á su criado.

— José, levántate, que estoy como metido en agua hirviendo y tengo una sed devoradora. Enciende pronto la vela, oyes.

— Como los ratones cargaron con ella... contestó José, despues de buscarla á tientas en toda la pieza.

— Llama á Rosa pues.

Rosa se había puesto en pié desde que oyó las voces y las plegarias de su huésped, y salió para ver cómo podía aliviar al viajero; pero no había otra vela en la casa, y hubo que recurrir al bagazo. Encendido este, se encargó José de atizar la salvaje lámpara, mientras Rosa examinaba la cama de don Demóstenes.

— Son los *chiribicos*, dijo, despues de examinar los dobleces de la sábana.

— ¿Y qué se hace con ellos?
— Con los *chiribicos* y con don Tadeo el tinterillo, no hay remedio que valga.

— ¿Cómo es eso?
— ¡Pues mire! Cuando los *chiribicos* se *empican*, no vale aseo, no vale arder la cobija ni el junco, ni quemar la barbacoa...

— ¿Y qué se hace entonces?
— Embarrar de nuevo la casa, ó derribarla y hacer otra nueva.

— Pero mientras se derriba, ¿qué hacemos, Rosa? ¡Yo me muero!

— ¿No trajo hamaca?

— Corriente, Rosa. Viene entre los baules: que la saque José cuanto antes.

— Cuando colgaron la hamaca entre el criado y la casera, le advirtió Rosa:

— Pero no vaya á llevar á la hamaca ni una cobija, ni una pieza de ropa de las que tiene puestas, porque entonces se queda en las mismas.

Don Demóstenes siguió el consejo: se mudó, y envuelto en otra sábana hizo su ascension gloriosa á la hamaca, de un solo brinco, como el boga que sube al champan perseguido por los policías.

— Ahora quiero agua, porque tengo calentura, y la sed me abrasa.

— Esa es la que aquí no hay, mi caballero.

— ¿Qué beben ustedes, pues?

— Guarapo. Si quiere voy á traer un calabazo de agua al chorro; pero aquí son las aguas salobres.

— Te lo agradeceré, hija mia... ¡Oh, las posadas de los Estados Unidos, esas si que son posadas! decía don Demóstenes al criado, mientras esperaba el agua. Figúrate que en el hotel San Nicolás encuentra uno en su pieza hasta agua corriente. Pero esta posada de Malabrigo...

Al cabo de media hora se oyeron los pasos de la servicial casera, y en seguida el grato acento de su voz.

— Por aínas no vuelvo, dijo al entrar, con una tranquilidad llena de filosofía. Se apagó el bagazo en el camino, y aquí no mas tuve que matar una taya que se me enredó en los piés... mañana la verá usted...

Don Demóstenes se bebió una totuma llena de una agua no muy buena, y exclamó con todo el fervor de un corazón agradecido:

— ¡Oh, Rosa, eres como una Ejeria consolando á Numa!

— ¿Que le eche otra totuma? *Apare...*

— No, Rosa, mi sed está mitigada. Ahora conversemos alguna cosa. Mira, estoy curioso de saber por qué vino á colacion un don Tadeo, cuando hablábamos de chiribicos.

— Porque esa es otra plaga que tenemos en la parroquia. Al niño Dámazo lo tiene desterrado y lo persigue como los ratones á la vela, para no dejarlo casar con la niña Manuela. Y usted descuidese, si va á estarse en la parroquia, porque ese es el hombre que sabe *empapelar* la gente; y acuérdesse de lo que le dice Rosa, acuérdesse, repitió al retirarse otra vez á su alcoba.

Don Demóstenes se rió del anuncio; se acordó un poco de la hermosa niña á quien dejaba en Bogotá; pero no tanto que lo desvelara esta memoria, como lo habian hecho los chiribicos; y á no ser por el ruido que hacian los estribos cuando su criado estaba ensillando, ya muy entrado el día, no se hubiera despertado hasta la tarde. Tan profundo era su sueño y tan grande su cansancio.

Mientras el arriero cargaba, reparando su posada encontró la culebra muerta, y entre la casa una decoración improvisada. La barbacoa donde le pusieron cama tenia una armazon como para toldillo, revestida de arayan y flores, y un arco gracioso lleno de hojas en la puerta de la sala. Sobre una tablita encontró un libro muy usado, y al hojearlo, gritó:

— ¡Oh Guttemberg, hasta aquí llega tu sublime descubrimiento! Viendo el título, que decía: *Ramillote de divinas flores y método para aprender á morir cristianamente*, murmuró: método para vivir es lo que debemos aprender, que morir es cosa muy fácil. ¿No te parece, José? añadió dirigiéndose á su criado.

— Pues para no morirnos es que bregamos hasta donde podemos, mi amo.

— Cuando todo estuvo listo para marchar, se acercó don Demóstenes á la cocina, á despedirse de Rosa, dándole las gracias, y ofreciéndole una moneda, que ella rehusó con aire de desden.

— Pues adios, adios.

— Adios, señor, dijo Rosa, y tomó su azadon para irse al pequeño platanar de su estancia.

Saliendo don Demóstenes al camino parroquial de la senda del barzal que ocultaba la casita, al recordar su mala posada y la generosa bondad de Rosa, pensaba preocupado en la frase de « ¡descuidese con don Tadeo! » que ella le dijo con aire de profecía; y sacando su cartera escribió riéndose:

« 5 de mayo — Posada de Mal-abrigo — Rosa — ¡Descuidese con don Tadeo! — Manuela. »

Dos horas despues entraba en la plaza de la parroquia de... y pronto se instaló en su nueva posada.

II.

LA PARROQUIA.

En las caidas de la gran sabana de Bogotá se encuentran algunos caseríos con los nombres de ciudades, villas ó distritos, de los cuales uno que ha conservado entre sus habitantes el grato nombre de parroquia, es el teatro de esta narracion.

Está separado de los otros grupos algunas tres ó cuatro leguas, por lo menos, y casi incomunicado, porque los caminos atraviesan bruscamente montañas, rastros y fangales. En su plaza, demarcada hace mas de un siglo, hay dos costados cubiertos ya de casas, y en el uno sobresale la iglesia de teja, bien notable por su puerta verde y porque cuelgan de una viga de su fa-

chada tres campanas, que sirven para llamar á la misa mayor los domingos, y entre semana para dar las doce, las seis y los dobles de las ocho. El segundo edificio es el despacho de la alcaldía, llamado antiguamente *cabildo*; sigue despues la casa del cura con su largo corredor sobre la plaza.

Tiene la parroquia un retazo de calle y algunos trozos formados de solares de cercas de palos sostenidos por árboles nacederos. Hay una casa que se distingue por su establecimiento de venta ó tienda, de donde el público se surte de velas, guarapo ó chicha, aguardiente, y algunas veces de pan. La sala de esta concurrida casa tiene una puerta al Oriente, que da á la calle, y otra al Occidente, que sale al patio, el cual está cerrado por dos costados con dos tramos del pajizo edificio, y por los otros dos con cerca de guadua, en la cual hay un disimulado portillo, que equivale á la puerta oculta, de que hablan algunas novelas de Europa.

La tienda tiene una trastienda que comunica con la alcoba de la familia, con una pieza oscura de por medio, llena de ollas, barriles, artesas y trastos viejos.

La concurrencia en la tienda es todos los domingos y á veces los lúnes. Las arengas de los concurrentes son graves en ciertas ocasiones, y aun suele la discusion pasar á los porrazos.

De esta venta saca, tal vez mas ganancias que la dueña, un embozado, que desde un agujero practicado en la pared de su alcoba, atisba todos los movimientos, y escucha todas las palabras, apuntando en una grasienta cartera lo que á su entender tiene mayor importancia: en la parroquia hay tambien embozados.

De las otras dos puertas de la sala, que permanecen siempre cerradas por medio de cortinas de zaraza, la una conduce á la mencionada alcoba de la familia, y la otra al Sur, está destinada para los forasteros.

Los muebles son un poyo de adobe, una silla de brazos, reputada por propiedad de los primeros jesuitas, y una mesa grande: los adornos, un san Antonio, una Virgen del Rosario y un retrato del general Santander.

La edad de la silla, hasta de ochenta años, está bien comprobada por las muchas heridas que muestra en los brazos, hechas con alevosía las mas (y con navaja) y por la firmeza de su constitucion, pues sirviendo de andamio, ó puente, ó receptáculo para pesados cuerpos, suspensa entre el ángulo de la pared y el suelo, no han logrado desarmarla, como á muchos taburetes raquícos y delicados, que yacen en los zarzos ó en los ceniceros, por no haber resistido á esa cruel operacion. La mesa, aun cuando no tan antigua, no carecia de mérito: sobre ella se deshacian marranos, se amasaba y se aplanchaba cuando era menester.

La propietaria de esta casa era doña Patrocinio; pero don Demóstenes se hallaba con dominio absoluto sobre la alcoba del Sur, con medio dominio en la silla y la mesa; con derecho de colgar su hamaca en la sala, y de visitar tambien el interior de la casa, cuando á bien lo tuviera.

Así fué que un domingo hubo en la parroquia la gran novedad de un forastero que se mecía en su gran hamaca, en la sala de la niña Patrocinio, leyendo un libro, cuya pasta brillaba como carei, y teniendo debajo cuadernos y papeles, sobre una estera de Chingalé. Tambien se hablaba de un perro que estaba echado

junto, tan grande como un ternero, y de un mirar espantoso.

Embebido don Demóstenes en sus libros, no habia hecho caso del movimiento que habia en la calle, en donde se saludaban los estancieros de los partidos, ó se paseaban en compañía, ni de la risa y dichos de las muchachas, que echaban sus revoloteos como las mariposas, mientras daban el último toque á misa. Pero un ruido de bestias y voces de dominio, que pareció estallar contra la puerta, hizo levantar la cabeza al forastero, para ver el cielo abierto ante sus ojos.

Una señorita, montada en una mula retinta, con traje que bajaba hasta el suelo, dejando ver al través de un velillo celeste un color bellissimo de mármol y unos ojos grandes, suaves y modestos, una dentadura fina y graciosa, conjunto de primores, vision enteramente milagrosa, era la divinidad que habia posado delante de la puerta. Don Demóstenes se puso en pié en el instante, y viendo que la comitiva hacia alto, ofreció sus servicios para que la señorita se apease. El caballero que la acompañaba estuvo pronto á su lado, y dándole el hombro y la mano, ella descendió majestuosa, para entrar en la sala con su foete en la diestra, y todo su largo traje recogido con la izquierda. Mientras su compañero mandaba amarrar las bestias debajo de un hermoso caucho, y meter los frenos y los pellones, don Demóstenes le dirigió la palabra, despues del saludo de cumplimiento.

(Se continuará.)

Fraguas imperiales de la Chaussade

EN GUERIGNY.

Guerigny forma hoy una bonita poblacion de 3,000 almas, situada á 14 kilómetros al Norte de Nevers, en la vertiente de las verdes colinas que por un lado y otro prolongan la parte mas feraz de la cuenca del Nièvre. Este pais, en donde se reunen los dos brazos del rio, parece haber sido designado para la manipulacion del hierro: admirable corriente de agua, mineral de hierro, canteras de castina é inmensos bosques. De este modo pues, el origen de las fraguas de Guerigny, tan conocidas con el título de *Fraguas imperiales de la Chaussade*, remonta á varios siglos, habiendo documentos en donde consta su existencia en 1487, época en que se alquiló una de estas fraguas por 128 libras y una ternera bien cebada.

Como hace cincuenta años el agua era el único motor de los establecimientos metalúrgicos, los industriales se vieron obligados á escalonar sus talleres de distancia en distancia en los puntos mas favorables del rio, y de aquí los diversos grupos de fábricas. Pero si los documentos escritos nada dicen de la mayor parte de estos grupos de fraguas, no sucede lo mismo con el de la aldea de Villemenant, parroquia de Guerigny, compuesto ya á principios del siglo XVI de un alto horno y de dos afinerías. Para dar una idea de su importancia diremos que su propietario Juan de Veaulce, uno de los principales señores del Nivernais, hizo construir á su lado un torreón, que en parte subsiste aun, para protegerle contra los ataques de las bandas que asolaban entonces el pais.

Lleguemos á 1722, esto es, al principio del gran periodo de trasformacion.

Guillermo, marqués de Lange, coronel de infantería, nieto del baron Arnault, acababa de ceder por 131,800 francos su establecimiento metalúrgico á M. Masson, banquero de Paris, el cual demasiado ocupado para dirigir aquella fábrica, puso al frente de ella á un jóven tan activo como inteligente, llamado Pedro Rabaud de la Chaussade, que posteriormente vino á ser baron de la Chaussade.

Este jóven, dotado de un gran genio industrial, dió tal impulso á las fraguas de Guerigny, que M. Masson le recompensó casándole con su hija única.

La fortuna de M. de la Chaussade estaba hecha. En relaciones ya con la corte y con el mundo de los banqueros, supo crearse numerosos protectores, entre los cuales citaremos en primera línea á Phelippeaux, conde de Maurepas, ministro de Marina, quien le confió repetidas veces importantes misiones para que estudiara los procedimientos industriales que se seguian en Inglaterra, Holanda, Austria y España.

Para aplicar estos procedimientos M. de la Chaussade compró en 1734 las fraguas de Cosne, situadas á 35 kilómetros de Guerigny, en la orilla derecha del Loira, en la embocadura del Nohain.

En esas famosas fraguas madama de Sevigné vió fabricar en 1677 áncoras de hierro (*Lettres á ma fille*), y M. Tresaguet, delegado en 1702 del ministro de Pontchartrain, descubrió el modo de soldar barras en paquetes bajo un martillo hidráulico de 800 libras (*Mémoires de Réaumur*).

El establecimiento metalúrgico de M. de la Chaussade acabó por tomar un incremento realmente prodigioso para aquella época. De 1741 á 1754 gastó un millon en comprar construcciones, fraguas, altos hornos y minas de hierro, y en la edificacion, principalmente en Guerigny y Villemenant de talleres de distintos géneros, de los que salieron anualmente 2,000,000 de kilogramos de hierro trabajado, desde el ancla de 5,000 kilos hasta la pieza de fragua de la mas pequeña dimension.

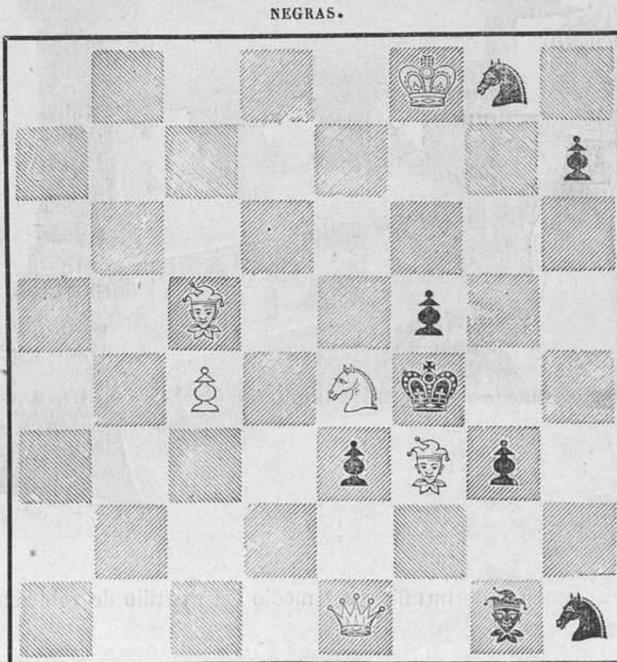
Sin embargo, no basta producir, sino que es preciso despachar los productos, y así es que al mismo tiempo

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 276.

- 1 A 4ª ARª P toma A
- 2 T 2ª R jaque Cualquiera
- 3 Los blancos dan jaquemate.

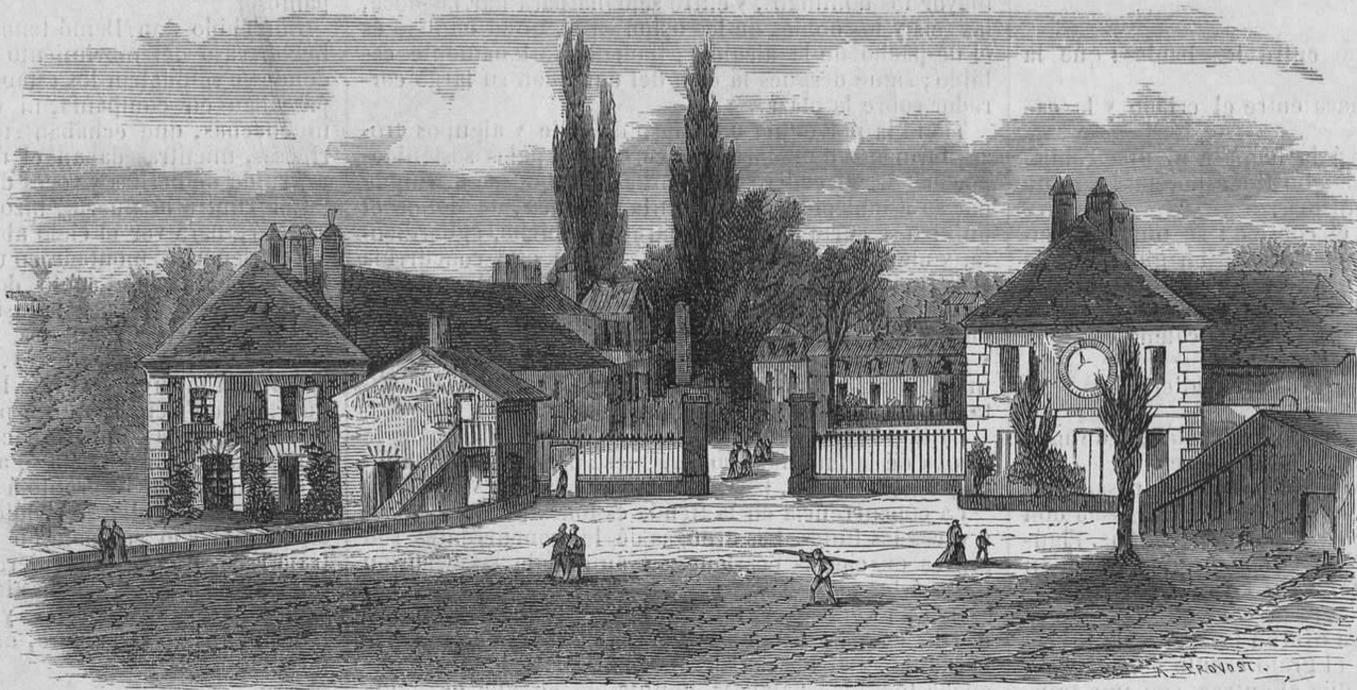
PROBLEMA NÚMERO 277, POR M. S. PAVITT.



Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

se apresura á surcar su propiedad, que se extiende en veinte parroquias, de Nevers á Cosne, de vias de comunicacion con puentes y acueductos para facilitar los trasportes de las materias de consumo en las fábricas y de los objetos manufacturados en las ciudades de Cosne y de La Charité. Trescientos caballos y mulas se ocupan diariamente en estos trasportes.

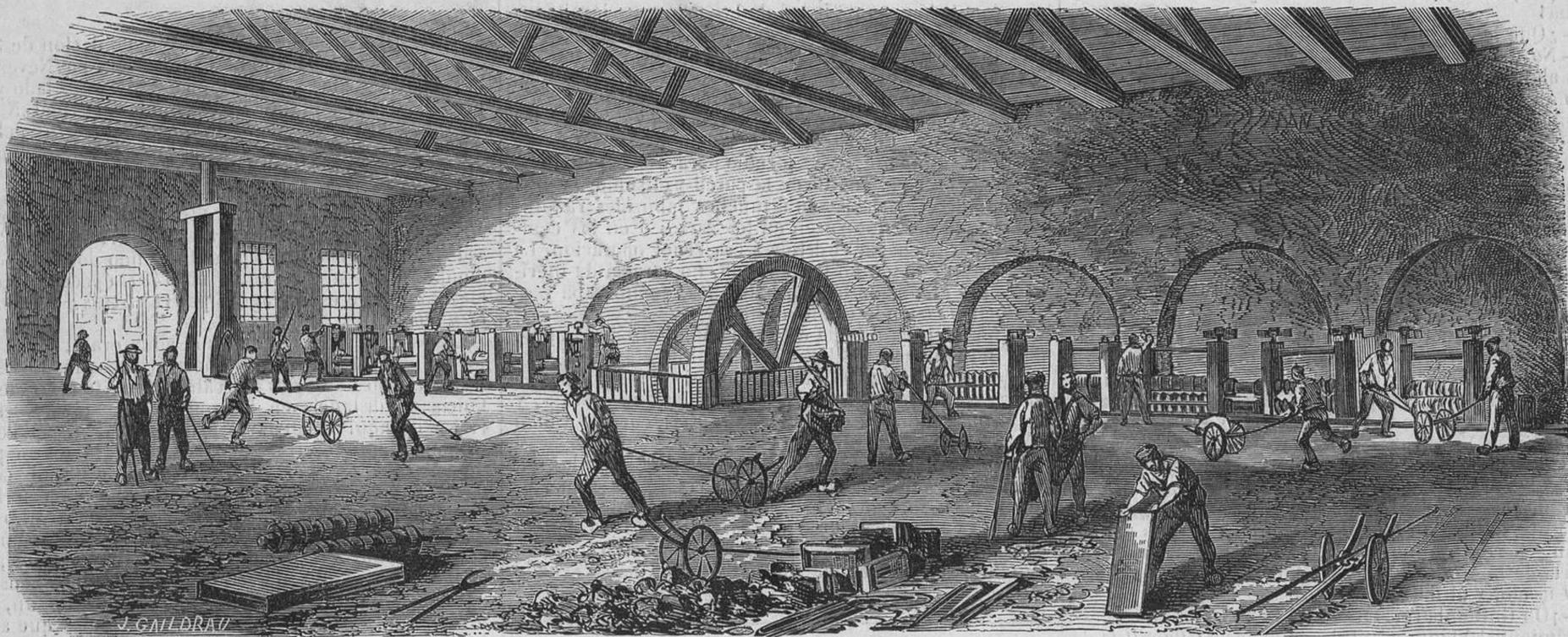
Comprando despues al duque de Nivernais, Mazarini Mancini, la península de Medina en Nevers, comprendida entre el Loira y las bocas del Nièvre, establece allí un vasto depósito á fin de proporcionar fácil salida á los establecimientos centrales



Los grandes establecimientos de la marina imperial de Francia. — Forjas de la Chaussade. — Entrada del grupo central.

de Guerigny y Villenaint, demasiado distantes de las ciudades de Cosne y de La Charité. De aquí los productos van á Nantes, á los puertos militares, á la India, Borbon, la Isla de Francia y las colonias de América.

Pero el genio de aquel hombre no se limitó exclusivamente á su industria, sino que hizo de Guerigny una preciosa residencia. Sin embargo, del palacio (sistema Mansard) que tuvo intención de construir, no hay mas que las dos alas, admirablemente situadas, que sirven hoy de habitación á los jefes de la administracion de las forjas: por un lado caen á un gran jardin, limitado al

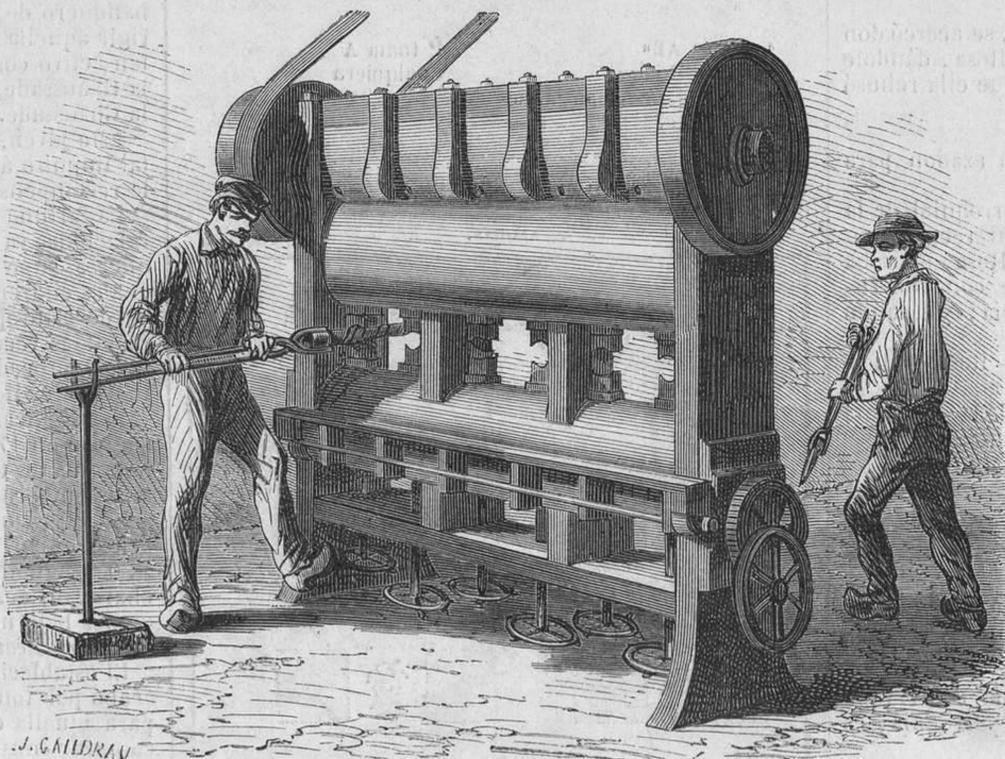


Vista interior del taller de palastro y de tirado.

Norte y al Oeste por el rio de Nièvre, que forma una especie de lago en ese sitio, y por el otro dan frente á un vasto patio rodeado de verjas, con magníficas alamedas que conducen á la selva contigua.

En suma, M. de la Chaussade poseía á fines del siglo pasado una propiedad industrial y territorial de tan grandiosas proporciones, que se elevaba á la altura de una institucion nacional y en la cual reinaba como amo absoluto, ejerciendo la justicia, segun las leyes feudales. Por fin en 1778, teniendo ya cerca de ochenta años y no pudiendo ya administrar por sí mismo, resolvió seguir el consejo de su protector el conde de Maurepas y proponer su venta al gobierno de Luis XVI.

La venta tuvo efecto por contratos firmados en los dias 8 y 31 de marzo de 1781, mediante el precio de 3.075,094 francos. Entonces M. de la Chaussade se retiró á Paris, donde murió, contando con la realizacion del voto que habia expresado en el contrato de venta, á saber: que descansaría en la bóveda de la iglesia que él habia construido en Guerigny; pero por motivos que no



Fabricacion de tornillos por medio del martillo de rotacion.

conocemos no se cumplió este voto.

La nueva propiedad del Estado tomó el nombre de *Forjas reales de la Chaussade*, y en consejo de Estado se decidió que seria administrada por el departamento de Hacienda, el cual venderia los productos al de la Marina en las mismas formas que la administracion precedente. No obstante, en 1793 el Comité de salud pública, persuadido de que este sistema comercial traia consigo formalidades y tardanzas de ningun provecho, hizo decretar por la Convencion nacional que se agregarían al departamento de Marina, y al punto las aplicaron los reglamentos de los puertos.

Las forjas continuaron mejorándose sucesivamente, y bajo todos los gobiernos, segun los procedimientos del arte moderno, y así pudieron siempre hacer frente á todas las eventualidades. De 1793 á 1809 fueron administradas por un funcionario civil dependiente del ministerio de Marina; de 1809 á 1832 por la artilleria de marina, y de 1832 hasta hoy por el cuerpo de ingenieros marítimos. C. C.